Este texto de unplandivino.net (en ampliación y revisión, ***versión 1.13***; última revisión: 23 de febrero del 2023), se titula:

> "Miau: *La novela de Galdós –"Miau"–, a la luz de la verdad sobre el diseño simple de la encarnación de esa nuestra alma única que cada cual somos"*

- Este texto tiene página asociada, con enlaces a los audios que lo acompañen, etc.: https://www.unplandivino.net/miau

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/*)

Algunas "palabras clave": alma, literatura, deseo, Miau, Galdós, espíritu, verdad, realidad, cuerpo físico y cuerpo espiritual, mundo espiritual, dimensiones, influencia de desencarnados, espíritus, Dios, amor de Dios, amor natural, espiritualidad, desesperación, desapego, fachada, cinismo, corrupción, picaresca, picaresca 2.0, Krause, krausismo, progresismo, catolicismo, religión, Pereda, tradicionalismo, política, naturaleza, vida, gratuidad, tradición, anticrístico, devenir irreales, miedo y política, libre albedrío, va©unas, ganadería humana, cursilería, antójino, caprichos, influencia de espíritus, almas gemelas, vacunación, vacunas, devenir borrosos, devenir borrables, devenir irreales, el diseño divino, el plan divino, Jesús y María Magdalena, divine truth

Índice

El tercer protagonista de Miau: el mendigo....2
La hipótesis....4
La picaresca 2.0....5
Quijotismo, alma, heridas emocionales, fachada, cinismo, desesperación, desapego, muerte, Dios….....8
Los guías espirituales y una hipótesis sobre las intuiciones desplegadas en Miau....9
La base falsa de la civilización, y la base verdadera: gratuidad de la vida, naturaleza (asuntos sociales y políticos)....10
Hijos del complejo de inferioridad aldeano: El odio a los árboles y otras lindezas....15
Quien espera desespera. Devenir irreales: Devenir va©unas....16
Hemos asistido y contribuido a va©unarnos "contra Dios"....22
Y "la solución" también digamos que "está" en ese fragmento de Miau, y muy brevemente esbozada… "poéticamente", por Galdós....23
Y unas citas, para terminar, de la novela titulada "Pedro Sánchez" [sic], de Pereda (publicada en 1883)....24
Apéndices: Devenir cursis, caprichosos; devenir "seccionarios" ("diccionarios de miedos" con patas). Cursilería y antojadez. Un árbol… y la cursilería frente a la vida natural y frente a Dios 25
Devenir reales....26
El contraste entre un árbol y nuestra cursilería. Y el amor de Dios....27
Cursilería y abstracción: árboles y números....28
Por qué hablábamos de "simultaneidad" (una cita de Swedenborg)....30
Dividuos ¿seccionadores?....30

El tercer protagonista de Miau: el mendigo

En la novela de Galdós, *Miau*, dos principales protagonistas son[1]:

- un abuelo, Ramón Villa*a*mil. Es un señor de los que en la *Villa de Madrid* habría "a miles"… "a mil"… y será por eso que Galdós lo llama *Villaamil* (con dos sospechosas *aes* ahí dentro)…

- y un niño, su nieto.

Y, en realidad, aparte de varios personajes más, hay un tercer gran protagonista, es decir, que yo pondría en tercer lugar, y que sería un protagonista como "de fondo": ¡y es un *mendigo*! Un mendigo descrito como de pasada.

Ocurre, pues, en *Miau*, que hay un niño y un mendigo ciego –tal como creo que sucede en varias novelas mucho más antiguas de eso que han catalogado como "la picaresca" (*Lazarillo*, etc.)–. El mendigo en realidad sólo se menta de pasada, así que aparentemente estamos forzando mucho las cosas cuando digo que ese mendigo es un "protagonista" *de tomo y lomo*, pues no aparecería más que *transmutado* –como vamos a ver, o a pretender, ya que se deja como sugerido, en la misma novela–.

Veámoslo, pues, con esta especie de "hipótesis" que plantearíamos por un momento. Y es que resultaría que el autor, en cuanto a las "posibilidades de nuestra alma", a sus "potencialidades"… o sea, en cuanto al diseño de lo que llamamos "vida", en cuanto a todo ello, parece que *Benito Pérez Galdós* sabía más de lo que puede creer cualquiera que entremos a leer algo así y tengamos a este señor o a estos señores como "meros literatos o escritores".

Es decir, el "bendecido" de *Benito* "sabría muchas cosas" (en el sentido de *tener* experiencias, es decir, de haber integrado emocionalmente ciertas cosas), o bien… primeramente… o también… quizá deberíamos decir que "los espíritus" sabían mucho; con esto me refiero a los espíritus, los desencarnados que acompañaron, inspiraron y animaron en alguna medida este enorme trabajo de Galdós, este escritor descomunal.

Y recordemos lo siguiente, pues es importante: cuando hablamos de "espíritus" hablamos simplemente de gente desencarnada, sin más; o sea, gente *como nosotros* pero sin cuerpo físico. Siempre tenemos espíritus así, cerca, influyendo en nosotros. Siempre, como digo, hay espíritus "ayudándonos", que están como asistiendo en la consecución de nuestros deseos, y ya sea que nos demos *o no* cuenta de cuáles y de cómo son tales deseos[2].

Y, en concreto, dichos espíritus siempre estarían asistiendo a gente como Galdós, a gente con unos deseos tan "enfocados" –y ya sea que los deseos sean o no sean muy armónicos con respecto a la *verdad y al* amor, tal como Dios siente que son esas cosas (amor, verdad)… cosas que, por cierto, *Él o Ella es*, y que *es* de modo puro e infinito–.

---

1 Este primer apartado es leído en el primer audio enlazado en la página asociada a este texto (ver introducción antes del índice). En el audio leo algunas cosas de la novela, y hablamos de Krause, del "krausismo", etc.

2 Y suelen ser más bien deseos "oscuros", en el sentido de que nuestros deseos son "seguir como estamos", y lo que estamos haciendo la mayoría, principalmente y por defecto (por ahora) es básicamente proteger y conservar dentro del alma miedos, penas, vergüenzas, frustraciones, etc., aunque queramos disimularlo, y aunque la "civilización" nos preste tantas "herramientas" más o menos adictivas para la construcción de una eficiente fachada o máscara, y con un disimule más o menos fachendoso.

En la novela, el niño, el nieto, llamado Luis, de unos 9 años de edad, tiene una especie de experiencia que llamaríamos "espiritual" cuando se queda así como traspuesto al descansar en los escalones de la entrada de una iglesia. Y eso le sucede en uno de los largos paseos que tiene que dar, incluso a veces saltándose el colegio… y todo debido a "la picaresca funcionarial" en que se ha visto totalmente envuelta la vida de su abuelo, que lleva siendo empleado público toda la vida (en el contexto de inicios de la Restauración)[3].

Su abuelo es un "cesante", es decir, un empleado público privado de su empleo, que está a la espera de volver a trabajar (no recibe dinero del Estado, en este estado). Este abuelete ha entrado y salido de sus cargos en la administración "pública" de aquel entonces, que al parecer estaba muy inestablemente gestionada y era muy inestablemente gestionable debido a los cambios políticos y a los juegos de influencias, amiguismos, chantajes, etc.

Así, como en ese momento el abuelo está –diríamos hoy– "parado", y como tiene a su cargo una familia de auténticas cursis, resulta que utilizan al niño (!) para llevar cartas de casa en casa y pedir cosas (incluso dinero) a los ínclitos amigos o conocidos del abuelo. Así, en la novela, vemos al niño darse sus buenas palizas trotando por el frío y pintoresco Madrid de un febrero de aquel entonces, acompañado de un perro.

Y en ese momento, al quedarse Luis traspuesto en esas escaleras… se le aparece un señor, como en sueños… en una aparición "interna", digamos. Galdós sugiere un poco que pudiera ser el mismo mendigo ciego que se solía poner a pedir limosna en esa iglesia donde se queda traspuesto el niño. Al niño esa aparición le recuerda a ese mendigo (eso le hace pensar Galdós, al personaje del niño). Pero, como tal aparición, el mendigo surge renovado, claro está: sus ojos ven, ya está mucho más reluciente y limpio, y se dirige a Luis sabiendo muchas cosas sobre su vida, para ayudarle.

Tras esa primera ocasión, el niño volverá a experimentar más eventos como ese, precedidos de sus respectivos desvanecimientos.

Por tanto, como vemos, el mendigo es, o hace, de "guía espiritual". Aunque, tal como se ve en la novela, las cosas que este "guía" le va a decir al niño para ayudarle, o sea, las cosas con que este mendigo (si es el literalmente el espíritu del mendigo quien ayuda al niño, en esta hipotética realidad que estaría presentando Galdós de fondo)… las cosas con que este mendigo mudado en *guía* intenta ayudar a Luis y a su familia, esas cosas, denotan que su modo de guiar no está del todo *muy inspirado*; es decir, no está del todo en armonía con *la verdad y el amor* tal como Dios los entiende, pues su guía es así como muy paternalista, e incluso al niño le llega a inspirar cierta *culpa* por "no estudiar", etc. ("culpa", actitud de culpar… y paternalista… rasgos que contrastarían, por lo que parece, con la actitud del narrador, ya que por ejemplo comienza el libro haciendo una preciosa observación sobre el espíritu con el que los niños salen de clase en cierta estampida "libertaria").

---

3 La acción ficticia se sitúa con precisión, allá por el año 1879. El abuelete Villaamil es de tendencias *liberales*; y recordemos que en esa época eso de "liberal" significa algo muy diferente a lo que a menudo en otros países o incluso ahora podemos entender que significa.

Era, digamos, "liberal moderado"; y persigue sus "ideales éticos" queriendo plasmar algunas ideas. Y, a fin de cuentas, parece que el tiempo "daría la razón" a este personaje ficticio, pues creo que lo que él pensaba será en gran medida llevado a la práctica años después, cuando él ya no esté –caso de que fuera una persona real, no ficticia, claro está–.

En la novela se pinta cierta corrupción: digamos que es "el clientelismo típico", aunque de un *color* no del todo pro-liberal, al encontrarnos en esta época de la llamada *Restauración borbónica*; aunque es una época ya siempre con un fondo liberal, eso sí. He aquí el artículo general de la wikipedia sobre tal *Restauración* (1875-1931):

es.wikipedia.org/wiki/Restauración_borbónica_en_España

Entonces… ¿quizá el mendigo ya habría muerto, y por eso puede guiar al niño con esa que es –de todos modos– una gran soltura?

La hipótesis

Entonces ¿por qué digo que el mendigo es protagonista? Esta es la sustancia de la hipótesis y de la sospecha sobre "saber mucho" en cuanto a "las posibilidades de nuestra existencia"[4]; y es que el mendigo ciego, ahí, detenido en su trabajo de mendigo… con el cuerpo físico estático en su papel de pasivo pordiosero… podría incluso no necesitar estar muerto para *salir* de su cuerpo físico en su cuerpo espiritual. Y es que resulta que en el cuerpo espiritual podemos hacer muchas cosas, aunque éstas por lo general no tengan efectos físicos inmediatos, o no mucho.

Recordemos: en el alma que realmente somos, el alma como sede de la vida, de la consciencia, etc., "dentro" de dicha alma, tenemos dos cuerpos; los "albergamos" desde que encarnamos en el útero; los tenemos, por así decirlo, en ese alma que somos, en esa *vida* que somos y que nos fue dada *como almas*. Son el cuerpo físico y el cuerpo espiritual, que empiezan a desarrollarse en el útero desde la concepción. Y, ya digo, son dos cuerpos animados por esa vida del alma que somos –por el "ánimo" que *realmente somos* los seres humanos–.

---

4 Lógicamente, Galdós, habiendo recorrido tanto mundo… es decir, habiendo conocido tantos lugares y tanta gente como para poder escribir tantas novelas que son documentos históricos del presente y del pasado reciente de la España de la época… Galdós… seguramente habría conocido a muchas de las personas de los círculos "espiritistas"; es decir, habría conocido muchas cosas sobre las experiencias que efectivamente se tenían en esos *círculos*, despectivamente denominados "espiritistas".

En ellos se practicaba con más o menos aspavientos la experiencia real y crucial de contactar y hablar con gente ya fallecida. Esta gente, ya desencarnada, y con más o menos tino, nos demuestra y enseña las realidades de las *dimensiones* del mundo espiritual, o, al menos, las de esta *primera dimensión* donde todavía estamos la mayoría, y que es la más "oscura" –y en la que, como digo, todos estamos en general, como condición del alma (condición álmica = "*dimensión*")–.

Y es que al parecer, por lo que tengo visto, en España, así como en Francia, etc., durante la segunda mitad del siglo diecinueve hubo cierto auge de ese movimiento *espiritualista* en el que se daba una toma de contacto efectiva con desencarnados en muchos círculos así. Y, ciertamente, además parece que tuvieron bastante influencia política, etc.

Aparte, en la España del siglo XIX Galdós recibió la influencia del célebre filósofo Krause, es decir, del *krausismo*, que es un movimiento de –digamos– "filosofía práctica", muy interesante, y basado en observaciones muy simples y certeras sobre el "ánimo", el "espíritu" y el cuerpo. Este movimiento influyó en muchas personas (argentinas, españolas, etc.). Tenemos por ejemplo figuras tan interesantes como el sacerdote Fernando de Castro, un "hereje", pues al final se salió del catolicismo por considerarlo incompatible con el progreso. Fernando fue por ejemplo un "feminista" *avant la lettre.*

Para justificar estas afirmaciones, ver la biografía de Fernando de Castro en la Fundación que lleva su nombre y que de cierto modo parece que "aglutina" la obra iniciada con las fundaciones que hizo en vida, y que al principio parece que estaban dedicadas básicamente a "la educación de la mujer":
- Biografía (pág. 2): fernandodecastro.org/biografia2.html
- Sobre Fernando, en la wikipedia: es.wikipedia.org/wiki/Fernando_de_Castro_Pajares

Seguramente en este texto o en otros tras él, hablaremos un poco sobre las afirmaciones "certeras" que podamos sentir así, en el *krausismo*, y, como siempre, lo haremos a la luz de estas verdades tan simples que estamos viendo y comprobando, en nuestro caso, al ser expuestas tan directa y profundamente por Jesús mismo. Del "krausismo", un documento fundamental es: "*Ideal de la humanidad para la vida*", de Julián Sanz del Río:
- Obra: bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000246634&page=1 ||
- Explicaciones relacionadas con la obra, en la wikipedia: es.wikipedia.org/wiki/Julián_Sanz_del_Río#Religiosidad_racional

Entre las cosas que podemos “hacer” con el cuerpo espiritual, y recibiendo para ello más o menos asistencia de otros espíritus, quizá tenemos a nuestra disposición llevar a cabo o contribuir a llevar a cabo acciones como la siguiente: “sacar a niños de sus cuerpos físicos”, para ayudarles.

De hecho, a mí, cuando de pequeño fui un poco abusado sexualmente, los espíritus (que serían el o los guardianes, etc.) me sacaron del cuerpo. Y a menudo, al parecer, y en eventos más o menos traumáticos, nos suceden cosas así: nos sacan o nos ayudan a salir del cuerpo físico, para así no tener que “vivir demasiados detalles”, ya que vivir la mayoría de esos “detalles físicos” tampoco es que aporte mucho.

Claro que ese acto donde de cierto modo “forzamos la voluntad”, mucho o poco… no suele ser un acto que esté muy fundado en algo realmente *amoroso* si, como espíritus, lo hacemos demasiado “a nuestro parecer” o a nuestro capricho. Este sería quizá el ejemplo que se representa en la novela como posibilidad plausible (para nosotros), y ya sea que fuera realizado por ese mendigo aún no muerto –pero ya con esa capacidad desarrollada–, o bien, ya sea que fuera hecho por ese mismo mendigo pero una vez fallecido, y que no está muy perfeccionado en amor, pese a que pueda mostrar toda la parafernalia con que rodea sus apariciones y conversaciones con Luisito.

Pero bueno, es lo que hay; es decir, no podemos pedir peras al olmo, pues al fin y al cabo se trata de eso: alguien que en su vida física no deja de ser un mero mendigo, y que hará “lo que pueda” cuando sale en su cuerpo espiritual –o después de morir– para hacer lo que le dejen y lo que entienda que es bueno. Y, ya digo, son cosas que además el mendigo haría en confluencia con –y con más o menos buena asesoría por parte de– grupos de otros espíritus que, o bien sean como él, o bien estén ya desencarnados.

La picaresca 2.0

Llamo a este apartado “*La picaresca 2.0*”… pues podemos sentir algo así como esbozos de un “programa” para lo que parece ser –diríamos, rimbombantemente– el amanecer de una nueva época de “la literatura”, donde se incluiría el mundo espiritual, más algunas verdades simples en general… y, por lo tanto, se incluiría la variada y múltiple influencia que siempre ha existido por parte de ese mundo espiritual, es decir, las diferentes dimensiones –o sea, los desencarnados en diversas condiciones de alma, etc.–.

Así que tenemos este ingrediente fundamental de *Miau*: un niño es obligado por su familia a hacer ciertos recados que en el fondo le hacen actuar casi como un mendigo. Y no se vería obligado a hacer eso si el abuelo no estuviera sujeto a los “desbarajustes éticos” de los vaivenes político-administrativos más o menos “picarescos”, amorales… en nuestro mundo de siempre, más o menos corrupto.

El abuelo es un poco “quijote”, en el sentido de que, como reza la definición: “*antepone sus ideales a su conveniencia y obra de forma desinteresada y comprometida en defensa de causas que considera justas*” (pero cuidado, sólo es un poco “quijote”).

O sea, la “situación de *picaresca*”, en el Estado y en la política, conduce al abuelo a hacer algo que es (como dice la primera acepción de la definición de pícaro en el diccionario RAE en su edición n.º 21 –1992–):

> “*ruin, bajo, doloso, falto de honra y vergüenza*”.

Es ruin usar a un niño de unos 9 años de edad para trabajar “dando pena”, para conmover, suscitar la compasión de unos “amigos” que sí tienen dinero –pues siguen recibiendo sueldos del Estado (o sea, del contribuyente)–.

Por lo tanto, vemos que este niño, y *sin comerlo ni beberlo*, pertenecería a la no sé si muy *Legendaria Orden Mendicante de la Picaresca Española* …

(*:) , a esta que sería una muy lumpen L.O.M.P.E, la que acabamos de bautizar así*)…

Y por lo tanto es lógico que al niño le ayude “moralmente” otro mendigo (aunque este niño es “normal”, es decir, vive con su cursi familia; está más o menos “bien cuidado”).

Este espíritu que se le aparece al niño (ese del cual Galdós deja caer como posibilidad que podría ser el mendigo) se hace llamar “Dios”, o sea, se hace pasar por *Dios*, y digamos que –si nos ponemos en el papel de ese espíritu, por un momento– un espíritu, al relacionarse con un niño, podría pensar que, haciéndose pasar directamente por Dios (a la torera), las cosas se hacen más fáciles en cuanto a relacionarse con “un mero niño” –vamos… todo sea por “simplificar” (si lo quisiéramos “justificar”)–.

Pero, por supuesto, este detalle –y que para nada es un mero detalle– ya le “baja” muchos “puntos” en cuanto a rango como “guía espiritual”. Pues así, ese mendigo mudado en guía ya no está actuando “como guía del amor divino”, o sea, como guía que, teniendo amor de Dios en el alma, es decir, que ha recibido ese amor divino que es distinto al amor natural… sabría –y a ciencia cierta– que Dios como entidad *infinita* no sólo es eso mismo –una *entidad* de por sí–, sino que es inconmensurablemente diferente de nosotros, de sus almas, de sus más *grandes* creaciones *finitas.*

E insistamos, antes de seguir: Esto que aventuramos aquí es que el acto del mendigo, el de guiar al niño de ese modo (de un modo que en general sentimos como bastante “forzoso”, violento incluso –espiritualmente hablando–), sería una realidad efectiva en las posibilidades de la acción del alma, es decir, de lo que podemos hacer como almas que tenemos esos dos cuerpos “contenidos” en nosotros.

Por cierto, esa violencia resuena con la picaresca en que le mete el abuelo. Es decir, “la picaresca” del “hacerse pasar por Dios” (en el caso del espíritu “guía”), resuena con “la picaresca” de mandar al niño por ahí a dar pena… con misivas y demás, y esperando recomendaciones y literalmente dinero en sobres.

Aunque este ciego que hipotéticamente se convierte en guía, en los momentos en que saliera del cuerpo físico para ayudar a Luis (si es que no había muerto ya, cosa que no sabemos, porque nada sabemos del personaje en sí)… contrastaría, por lo poco que sé, con los ciegos de las novelas de picaresca, pues creo que muchas veces éstos eran muy violentos con sus lazarillos, que iban desarrollando así su actitud pícara (se iban envileciendo, pues).

En este caso, este ciego de la tradición literaria picaresca es reconvertido en un amable guía, y así, es “perdonado” en esta novela de Galdós –o bien “se hace perdonar”, digamos–. Y, como vimos, no es un guía perfecto, claro está, pero a su manera sí es bondadoso con Luisito, con este niño que sería una especie de “lazarillo” que a su vez es usado por su abuelo (que es otro tipo de “ciego”) para dar pena por ahí.

El abuelo está a su manera “ciego”, decíamos, ante algunas cosas. Debido a su quijotismo, este abuelo sí que está lógicamente “despierto” a algunos “pecados”, como los relativos a la “falta de ética” en la administración, en las instituciones. Pero, tal como nos pasa a todos en algún grado, al abuelo Villaamil le faltarían muchos pecados a los que despertar, y muchos miedos que atreverse a desafiar.

De alguna manera, entonces, un mendigo ciego, que en esta novela sería básicamente una aparición y del que no conocemos su nombre, al actuar como guía de un niño que está siendo maltratado por trodos lados (lo vemos en varios aspectos más en la novela[5]) evita que ese niño se envilezca, y, a la vez, va a ayudar a que al abuelo se le vaya mostrando, en su propia vida, un poco, su cualidad: la de "estar ciego" (el abuelo).

El abuelo, cual quijote… y sólo al final de la novela… se atreverá a "liberarse del todo". Y esa liberación se da en parte gracias al proceso de la influencia que ejerció su nieto sobre él, a modo de "lazarillo espiritual"; y esa influencia es gracias a la que a su vez, y a través del niño, ejerce la aparición sobre ellos dos, por lo tanto (una aparición de la que, insistamos, el mismo narrador de Galdós nos dice que Luisito creyó por un momento que sí, que podría tratarse del mendigo aquel que se solía poner a pedir ahí, en esas escaleras donde Luis se queda traspuesto).

Al parecer, de pequeños todos tenemos más soltura a la hora de usar los ojos del cuerpo espiritual a la vez que los del cuerpo físico, aunque esto se pierde en seguida como habilidad. Y así, cuando somos niños muy pequeños, vemos con más facilidad "espíritus", o sea, gente desencarnada que efectivamente hay por aquí rondando, y que hay en mucho mayor número que gente encarnada, por cierto –tal como ya voy constatando poco a poco–.

Esta "habilidad natural", que tenemos como almas, hasta ahora parece que se desvanece muy pronto en la vida, como ya dijimos. Y es que en seguida nos vemos afectados por la absorción de miedos y de otras emociones desarmónicas que tienen las almas de nuestro entorno, ese entorno de almas "adultas" (madres, padres…): es decir, el entorno de "civilización" de adultos tan completamente enloquecidos por el pecado que generalmente somos (pues eso es lo que somos realmente, en esa locura normalizada estamos).

Y, por supuesto, también nos veremos afectados por las intenciones de muchos de esos espíritus que nos rodean. Pues sucede que, debido a la "actuación" de la *ley de atracción* a la que nos vemos sometidos por defecto, y que al principio básicamente depende de las almas de nuestro entorno –es decir, al principio es principalmente la *ley* de los padres, madres, etc.–, debido a eso… los espíritus que se ven atraídos hacia nuestro entorno son a menudo malintencionados, y por tanto en muchas ocasiones nos querrán incluso asustar, *jugando* así con nuestros miedos, etc.

Aquí, por cierto, cuando me refiero a "enloquecidos", lo hago con un sentido digamos "técnico": sería algo así como "separados", distorsionados, inhabilitados, con respecto a lo que verdaderamente somos (alma) –es decir, con respecto a nuestras verdaderas y más amplias *potencialidades*–.

Una vez que hemos perdido esa habilidad, o que ya la hemos perdido bastante, ¿cuántos de nosotros no habremos salido del cuerpo físico, siendo todavía bastante pequeños, y cuántos no habremos atendido a encuentros con todo tipo de personas desencarnadas? (Tal como hipotéticamente lo podría estar haciendo este mendigo ciego, si aún no hubiera muerto.)

---

5 En la novela vemos varias veces representado muy crudamente este típico hecho de la vida: que siempre pagan el pato "los débiles" (niños, animales…), cuando los adultos no sabemos qué hacer con las emociones; o sea, cuando no somos humildes, humildes "como niños"… "mansos"… y simplemente expresamos y soltamos las emociones sin dañarnos y sin dañar a nadie (pataleando, etc.), cosa esta que sería lo ideal y lo más práctico que podríamos hacer –"espiritualmente" hablando, claro está–.

¿Cuántos de nosotros habremos hecho eso, y experimentando más o menos sobresalto en ello, y habiendo tenido luego más o menos consciencia o memoria de ello, cuando "volvíamos" de tener esa experiencia?

¿Cuántos, además de tener esa experiencia con personas ya desencarnadas… cuántos no habremos tenido experiencias así con personas que incluso estarían aún encarnadas en sus cuerpos físicos, y que nos podrían estar "visitando" –más o menos conscientes de que eso es lo que están haciendo– desde la otra punta del mundo, mientras sus cuerpos físicos descansaban en cualquier cama, en las antípodas?

Como ya dijimos, el mendigo hace cosas que Dios no haría: asustar al niño culpabilizándole de una manera simplona; pero, pese a todo, nos da un retrato de algo que parece que podría hacerse (algo parecido a ello), gracias a las habilidades que naturalmente podría recuperar una persona como es el caso de un mendigo ciego, tan habituado como de hecho está a tanta "meditación forzada", es decir, a mucho taller gratuito de "mindfulness" :) … que es su trabajo… que le lleva tan fácilmente a estar muy concentrado en "lo que siente", etc.

En realidad, muchos de los diálogos que tiene el niño con la aparición son ejemplos digamos perfectos de cómo ***no*** pensaría ni actuaría Dios (es decir, alguien en armonía con Dios).

Quijotismo, alma, heridas emocionales, fachada, cinismo, desesperación, desapego, muerte, Dios…

Vamos a comentar algo sobre el final de esta novela tan "completa".

En el anterior audio y texto que hemos estado viendo[6] (el relacionado con Pereda, su novela *Peñas arriba*, y algunas otras cosas más), el "tema protagonista" era en parte el del *suicidio*. Y en *Miau* también lo es. Y entre los aspectos "desarmónicos" de la guía ejercida por este espíritu del mendigo que se hace pasar por Dios, tenemos un cierto "vender las bondades de la muerte", un cierto derrotismo, digamos… aunque muy pragmático, o sea, muy en consonancia con los deseos del abuelo, que ya está algo "muerto en vida". O sea, el abuelo en realidad estaba algo desesperado, bastante perdido en la vida, quizá diríamos un poco de vuelta de todo… y, en realidad, estaba aferrado a cosas a las que al final de *Miau* es como que siente que ya no tiene sentido aferrarse.

Villa*a*mil, el abuelo, como personaje, parece digamos que algo *quijotesco*, como ya dijimos… pues quiere defender –y a su modo algo delirante, desesperado– un cierto bien, una cierta *moralidad* pura, en una sociedad muy cínica. Pero quizá diríamos también que él no quería purificar algunos de sus deseos desarmónicos. Es decir, no quería renovarse demasiado; no estaba dispuesto a cambiar de vida: está aferrado a su trabajo, es decir, a muchos aspectos de su fachada; vive, pues, demasiado obsesionado.

Y así, al final de la novela vemos ejecutarse un cierto "desapego a la fachada". Vemos eso, sí, pero lo vemos ejecutado algo dramática y desarmónicamente. Vemos desplegarse el desapego en lo que parecería ser el resultado del "proceso de inspiración" que en parte habría sido realizado en el abuelo por este nieto suyo, influido a su vez por la aparición del posible mendigo mudado en espíritu protector.

Es decir, ese desapego del abuelo ha sido algo así como el resultado de un proceso; y de tal proceso la novela nos mostraría que incluye la experiencia del niño con ese "guía", ese protector espiritual que, para su sorpresa, se habría vuelto aquel mendigo, y que por lo tanto también actúa sobre el abuelo al

6 Ver: unplandivino.net/humildad-tradicion/

influir sobre el nieto, un nieto al que han obligado a ser una especie de “sable” (o sea, a intentar dar todos los *sablazos* mendicantes que pueda, los propios a su “orden”, a esa LOMPE tal como la hemos bautizado en broma… y unos sablazos que intenta, pues, dar a diestro y siniestro en las “casas de bien” de los infortunados “amigos” de Villaamil).

El resultado de ese proceso es que de cierto modo al abuelo se le asiste a la hora de “aceptar la muerte”. Eso en general no es “armónico con la verdad divina” (es decir, con la verdad “completa”, tal como ahora es “actualizable” en el planeta y en el mundo espiritual). Eso no es armónico con la verdad divina, decíamos, pues realmente sucede que si recibimos amor de Dios entonces ni siquiera el cuerpo físico tiene por qué morir, a no ser que nosotros queramos “dejarlo de lado”, pues resulta que el amor de Dios regenera, etc. Aunque, claro está, para recibir cada vez más amor de Dios tenemos que desafiar muchos miedos y estar muy dispuestos a “cambiar de vida”, etc., pues, por ejemplo, lógicamente un Estado, un mundo, por defecto no nos va a querer seguir “pagando una jubilación” durante, pongamos, doscientos o trescientos años de vida… jajaja… (así, como vemos, ya la misma “lógica evidente de las cosas” nos da pistas claras sobre hacia dónde se encaminaría el “objetivo” de nuestros deseos, vida y propósitos –*armónicos con Dios*–).

Pero, en concreto, y en cada situación, una tal “aceptación de las cosas” sí tiene cierta armonía con ciertas “verdades espirituales”, lógicamente. Y eso es lo que podemos “salvar” de la novela si la empleáramos como “catecismo”[7], claro está –lo cual no será en absoluto la finalidad de “Galdós”–.

Pongo entre comillas “Galdós”, pues un *autor,* y en general una persona, es ella y sus circunstancias; y esas “circunstancias”, y tal como muchos de nosotros ya hemos comprobado en nuestra experiencia… nuestras “circunstancias” básicamente serían estas:
- nuestras *heridas* emocionales (en el alma, como almas, nuestro verdadero ser),
- la *impureza* de nuestros *deseos* que conlleva el hecho de *vivir* en y con tales heridas,
- y la *influencia* que, a través de esas heridas –y de la *ley natural de atracción*– se ejerce sobre nosotros por parte de muchos *espíritus* acompañantes que nos animan con más o menos tino y “armonía” (o que refuerzan nuestro “desánimo”, etc.).

En el alma, como digo, esas heridas “nos hacen tener” deseos más o menos impuros, y éstos son cultivados más o menos “a consciencia” por nosotros mismos.

Y, recordemos, ni siquiera Dios puede quitarnos esa impureza si nosotros no queremos eliminarla, es decir, si no queremos sentirla “como niños pequeños”. Aunque, eso sí, las *leyes naturales* irán actuando (leyes creadas por Dios), aunque no queramos que lo hagan; y nos irán mostrando el “fondo amoroso” que las sostiene: el fondo amoroso de la vida; con un amor que, aunque solo sea el *natural*, siempre “triunfará”, aunque no le dejemos a Dios participar, personal y directamente, con su amor divino.

Los guías espirituales y una hipótesis sobre las intuiciones desplegadas en Miau

Los guías (recordemos: simplemente *desencarnados*, gente que ya dejó el cuerpo físico) de Galdós quizá intentaban que él hablara más personalmente con ellos, y eso acaso se refleja en esa intuición o idea para el libro, donde un mendigo, quizá ya muerto, hace de guía de un niño.

7 Enlace a la definición de “catecismo”: https://dle.rae.es/catecismo

En general, parece que a muchos de los guías espirituales les encantaría que deseáramos tener una interacción más personal con ellos. Otros guías –aquellos que sean más manipuladores, y que por tanto son menos respetuosos del libre albedrío en general–:

- o bien no piensan que sea posible tener una interacción más personal con la gente encarnada (quizá porque nos creen demasiado asustadizos, incapaces ya de soltar ese miedo que desde muy pequeños hemos absorbido, ese miedo a "abrir los ojos del cuerpo espiritual" mientras a la vez estamos despiertos en el cuerpo físico. O acaso porque simplemente se creen superiores, etc.),

- o bien no desean esa interacción (ser descubiertos) porque saben que no les interesa si quieren básicamente dirigir las vidas de sus guiados o protegidos (viven en la actitud en que muchos vivimos continuamente, y que podemos resumir así: el fin justifica los medios).

La base falsa de la civilización, y la base verdadera: gratuidad de la vida, naturaleza (asuntos sociales y políticos)

El bello comienzo de la novela, de *Miau* (que leí y comenté en el *audio 1*), lo podemos acompañar de las siguientes observaciones básicas[8].

Lo que vamos creando, en cada "historia de civilización", es algo que más o menos está abocado al desastre por lo siguiente (es decir, en parte, muchos "problemas" parecen deberse simplemente y bastante a lo siguiente):

En gran medida, la "base" de "la civilización", en vez de plantarse en la *gratuidad* de la vida y de la naturaleza... es como que se plantea en torno a cosas artificiales (dinero, etc.), en torno a cosas como el paradigma mal llamado "económico".

Tal "paradigma" está montado en el fondo sobre miedos. De hecho, los nuevos "tristes sacerdotes", es decir, los "chamanes" a los que les encanta poder entristecer a sus dirigidos… amargarles la vida incluso… es decir, los amantes de entristecer y condenar la vida, a la gente, son ahora por ejemplo "los economistas" y similares (incluso Marx o cualquier famosete así… ya que a veces todavía hay personas que tienen a gente como Karl Marx por gente más alegre… que promovía de verdad la "liberación", etc.).

La base, en nuestra civilización "materialista", es artificiosamente absurda, de entrada. Todavía hoy, en las definiciones básicas de "economía", se sigue empleando el concepto de escasez, como reza en esta parte la wikipedia: "*En un sentido amplio, la economía se refiere a la organización del uso de recursos escasos…*".

Es además una definición artera, tramposa, pues el principal recurso hoy es la consciencia y las emociones de las masas, cosas que ya se manejan a las claras, sin tapujos; es decir, se "factorizan" como variables, por así decirlo, en las *cuentas* de los industriales, financieros, etc.

El miedo y el control van juntos, y la triada se completa muy bien con el concepto de "escasez", por lo que parece.

---

8 Este apartado y el siguiente (aunque en orden inverso) los leo y comento en el audio 2 de la serie que acompaña al texto.

Los "recursos" más "preciados" son gratis (naturaleza, tierra, cuerpos humanos que nadie pagó por tener)… y los tenemos a millones y millones[9].

Esa gratuidad es literalmente un hecho científico elemental, pues nadie ha pagado para respirar, para disfrutar de los sabores, el agua pura, el canto de los pájaros y el sonido del mar… nadie ha pagado para que crezcan las plantas, ni para poder vivir en la Tierra. Nadie paga para lo más básico y fantástico: la naturaleza (cuerpos, etc.), y la vida.

Entonces, con la base ya distorsionada y distorsionadora… tan "absurda"… y que como base parece ya tan engrosada, y más que engrosada, de tanto miedo que acumulamos… así… la supuesta "civilización" tiene el *virus* de cierta "autodestrucción" metido –y ya más o menos bien metido–. Por tanto, la "civilización" se "perderá" a sí misma, de una u otra manera, sí o sí, como no espabile.

Aunque, tal como ya hemos tratado en otros sitios, "el control" lo pasamos o se pasa a la "inteligencia artificial", en una conculcación masiva del libre albedrío, al estilo "mente-colmena" de nueva generación, digamos. Y esto, por cierto, y en gran medida –y tal como también vimos ya en varios audios, etc.–, esto estaría respondiendo, y con mucha precisión, a nuestra respectiva ignorancia del *pecado (desarmonía continua) "contra el libre albedrío"*, que es algo que normalizamos masivamente mismamente por ejemplo con la fría normalización del aborto.

Así que ese, o esos, serían los verdaderos "virus". Y todo radica en nuestro poder como almas, y en concreto, en el miedo que albergamos y protegemos en el alma individualmente. Nos negamos intelectualmente a reconocer que tenemos tales miedos ahí, y así, los protegemos a cada instante de la vida. Pero nada de lo que hacen las "poderosas" almas deja de tener relevancia.

Esa "negación" la hacemos continua e "intelectualmente"; es decir, la hacemos con los hábitos de lo que podemos llamar "intelecto material". Y es que así vamos por la vida… pensando que nuestro sentir y nuestra actitud es "normal"; y vivimos más o menos mecánicamente en esos hábitos que en realidad están basados en creencias falsas, obviamente (casi diríamos que todo hábito lo estaría, en el fondo), y que implementan errores como "creencias intelectuales" o intelectual-materiales.

Vamos, que somos como "errores con patas", y a los pies de esas piernas los tenemos pisando y por lo tanto fundamentándose en ese miedo, tan resbaladizo, que no queremos ver que está ahí, bien dentro, en el alma, y bien protegido.

---

9 De hecho nuestro verdadero ser es el titiritero, el marionetista; es decir, el alma, el "ánimo", que es lo que mueve las marionetas: los cuerpos.

Así pues, todos somos eso en realidad: esa alma/ánimo. Se nos dio la vida gratuitamente como tales "cosas". Es decir, nuestra vida es y está en el alma que somos como nuestro verdadero ser.

Fuimos creados, además, por Dios, aunque la *constatación personal* de eso ni siquiera es obligatorio tenerla; es decir, no es obligatorio reconocernos y considerarnos personalmente como creados por un Dios infinito personal, en una experiencia íntima vital personal de ello. Y es que así de "gratuito" fue Dios en su Creación.

Entonces, como almas, "acogemos", "dentro" de nuestro verdadero ser, en ese verdadero ser que somos (alma, la mitad de un alma, para ser precisos)… acogemos, decíamos, dos cuerpos. Con ellos empezamos teniendo experiencias "dentro" de nuestro "ánimo/alma". Mediante los cuerpos recogemos experiencia, y el alma es la sede final de la consciencia, la memoria, el libre albedrío, etc.

Estos cuerpos son el cuerpo espiritual y el físico; ambos empiezan a desarrollarse en el útero (o probeta, en su caso), y para ello nadie tiene que saber las "ecuaciones" de la físico-química que regula tal proceso biológico… nadie tiene que "apretar ningún botón"… etc.

Galdós, con el protagonista de *Miau*, dibuja el proceso donde terminamos cayendo por esa pendiente resbaladiza de una vida basada en el miedo (cosa que debe ser tema de tantas, digamos, “tragedias” literarias…).

Así pues, con tales "creencias vividas", básicamente parece que hacemos esto:
- separamos la “mente” (intelectualidad-material),
- del “corazón” (ánimo)

Y si no tenemos humildad para sentir y soltar como niños pequeños nuestros miedos… ahí seguirá actuando el miedo, en ese suelo resbaladizo… así como "latiendo", dentro, y creando “ondas” que se nos reflejarán de vuelta en las creaciones materiales y en la experiencia que tenemos de ellas: engaños de la civilización, desastres, accidentes, enfermedades que nos creamos a nosotros mismos cosechando lo que sembramos…

Así pues, y por lo que voy viendo, efectivamente: esas emociones erróneas, protegidas, crean las condiciones que experimentamos, pues viven dentro de nosotros como aplicadas a un martilleo creador constante; y lo hacen desde dentro de casi todas las almas. Por eso es que vivimos, colectiva e individualmente, y con mucha precisión, aquello que realmente tenemos como “deseo” en el alma –es decir, vivimos y *tenemos lo que deseamos*, aquello que “en el fondo” *deseamos*–.

Las diferentes instituciones, como por ejemplo esa escuela de la que los niños ya salen con ese “espíritu revolucionario”, piando cual pajarillos desesperados (tal como nos los retrata Galdós en ese comienzo tan hermoso de *Miau)*… esas instituciones… decíamos, son creadas por la humanidad, durante muchos años de “no querer sentir” (y de “reaccionar contra” las leyes naturales y sus mensajeros que, como los niños, nos recuerdan lo que de *verdad* tenemos dentro del alma).

Esos adultos que somos no queremos sentir; y así, bombeamos una y otra vez eso que no queremos asumir en nuestra alma; lo bombeamos hacia “fuera”; y nos volverá, pues lo que sembramos lo recogemos.

No queremos sentir por ejemplo todas esas emociones que los niños nos recuerdan al expresarlas con más naturalidad, ya que efectivamente las sienten en su entorno, y a ellos les llegan desde los adultos, pues los niños no traen ningún miedo por defecto, por diseño. Así, ellos viven más espontáneamente, es decir, más expresivamente, los entornos emocionales (su individualización depende críticamente de esa relación expresiva).

A los adultos, esas emociones erróneas nos son detonadas, activadas, en nuestra convivencia con los niños, etc. Y es que los niños, como ya vimos, son como “máquinas” de activar o detonar justo aquello que los adultos no queremos sentir. Y así, por tanto “necesitamos” encerrarlos, poniendo para ello más o menos fachada de “bondad” o de “progresismo”…, etc.

De ese modo es como si necesitáramos encorsetar las “leyes naturales” (falsear su funcionamiento, etc.), para mostrar esa “anti-económica” desconfianza de la naturaleza, que a su vez de cierto modo plasmamos en esa “muerte en vida” que siempre son las instituciones.

Luego por ejemplo lo llamamos “ciencia de la economía”, “ciencias económicas”, etc. Y así, intentamos amoldar a la naturaleza a nuestros afanes, unos afanes que en el fondo van en contra de la *humildad*, en contra la natural capacidad plena de sentir, y con la cual todos encarnamos por diseño –y

para nuestro beneficio–. Así, nuestros afanes corren en contra de –se deslizan en un movimiento contrario a– lo que es natural para el alma –es decir, van contra la humildad–.

Y por cierto, ya que hace poco estuvimos con el texto y los audios sobre Pereda (y sigo ampliando eso, al menos el texto, a día de hoy, por cierto)… y Galdós era muy amigo de Pereda (por lo que veo que dicen). Galdós, en cierto modo es como un complementario de Pereda, que era católico.

Galdós era más bien progresista –lo que entonces eran tendencias llamadas "liberales", en general–. Pereda sería más bien reaccionario. Pereda es como un "quijote hecho realidad", digamos, en cierto modo. Es como un hidalgo, que lleva a cabo en la escritura de esa novela sus "andanzas locas" (identificándose con Marcelo, el protagonista; pero en unas andanzas ya no tan "locas"). De hecho, si veis las fotos de Pereda, veréis una apariencia algo quijotesca –y ya vimos la definición de "quijote" en aquel texto–.

Pereda, en esa novela, *Peñas arriba*, es como si materializara algo que ya era una utopía en su propia vida –aunque ese mundo ideal que intenta dibujar en la novela todavía existía, en parte, en la realidad física–. Materializa esa utopía en una ficción que, por cierto, desde el principio tuvo mucho éxito de ventas, al parecer. En esa ficción tiene lugar cierta "actualización" de ese ideal que es la *convención caballeresca* –de la cual hablamos en aquel texto y audios–.

Esta convención diríamos que se ve completamente "realizada" (aunque en realidad "por los caminos del amor natural") en y con el *personaje-obra* ficticio que es Marcelo, el protagonista de *Peñas arriba*. Marcelo "encuentra a Dios" en esa "ascensión" *via* tradición, *via* "sentir la Creación"… etc.; y también encuentra a su "Dulcinea real".

¿Qué podemos sentir, decir, respecto a esta polarización?:
- *progresismo-libertad*
- versus *conservadurismo-reacción*.

Las "fuerzas de progreso", son inevitables… tal como plantea el narrador de *Miau* al principio de la novela: Los niños inevitablemente ya esbozan, en su estampida, lo que luego serán esos ciegos movimientos, potencialmente tan destructivos y violentos… que casi siempre acompañan a todo impulso revolucionario en sentido amplio.

Esas "fuerzas de progreso"… pero cuando están actuando más o menos ciegamente "en la herida emocional"… es decir, en el enfado e indignación digamos ciegos (y bombeando por tanto así esa ira, en vez de simplemente "defender" con amor *claro* la verdad, y por tanto sin apoyar la violencia –al estilo de Gandhi, al estilo de la desobediencia civil–)… esas fuerzas en acción… decíamos, son inevitables, pues todos tenemos heridas emocionales en el alma, y serán usadas por todo tipo de manipuladores (controladores: encarnados y desencarnados).

Esto se debe a que los resultados del miedo (la otra cara del control) son más fácilmente predecibles.

Todos los que actuamos desde el miedo, protegiéndolo (aunque pongamos una fachada de lo contrario), actuamos de manera tal que fácilmente podemos "entrar a satisfacer variables en las ecuaciones" del control. Y así, nos habilitamos para que se nos puedan "vender", mismamente:
- armas, medicamentos…
- o bien, en general: *recetas* fáciles para solucionar esos problemas que los mismos economistas ya prevén, y que si ya los prevén es en parte porque "sus amigos", los financieros, ya financiaron o fueron

siguiendo y modelando el surgimiento y los cauces de creación de tales problemas (para poder también financiar luego las soluciones… como bien se sabe ya, y desde hace tiempo),
- o bien, políticos populistas de turno (un Pablo Iglesias aquí, etc.), el arribismo en general, etc.

En este "caos" (en el cual todos quizá tenemos y ponemos un poquito "de nosotros mismos", en cada "bando" polarizador y polarizado…)… en esta configuración aparentemente tan caótica, tenemos, pues:

- Por un lado "el grito del progresismo"… de lo progresista.

Este "bando" digamos que "polariza" hacia ese lado del "cambio por el cambio"… y así, se ciega y nos ciega con ese apoyo de, digamos, un cambio más o menos "ciego". Y, como dije, esto puede ser y es aprovechado luego por "los industriales" de turno, tal como sucedió en la realidad, para implantar mundialmente mercados globales de "necesidad"… o sea, de una literal "configuración de deseo" (ya que al incorporar como actitud la actitud de "mente-colmena", nos habilitamos para todo tipo de manipulaciones "inconscientes")… con toda esa "necesidad" de comprar y hacer circular el mismo plástico que los que usan los del "bando contrario"… etc.

- Y, por otro lado, tenemos ciertas "fuerzas de tradición".

Éstas tampoco son "perfectamente morales", digamos. Es decir, no son del todo honestas, pues no reconocen claramente lo que tenemos delante de nuestras mismas narices: el fracaso de las buenas intenciones, si lo queremos llamar así; es decir, el fracaso de cierto "idealismo" a la hora de hacer que la gente, la cultura, las familias, las civilizaciones… recordemos algo tan simple y verificable personalmente como es la enorme importancia de lo moral (es decir, del alma, del ánimo… y por tanto de la ley de compensación) –pues cuando hay degeneración, todo se corrompe–.

Es decir, por ejemplo: sobre los pecados (que técnicamente son cosas que degradan el alma, el ánimo), sobre ellos, todo el mundo sabe en realidad que "sientan mal", por decirlo con un eufemismo (o sea, pecados como abortar). Todo el mundo, a nada que madure un poco, reconoce en el fondo que los pecados tienen repercusiones a corto y largo plazo –en todos los niveles, individuales y colectivos–.

De hecho, se conocen muy bien muchos hechos, como por ejemplo el de que las civilizaciones en paz gozan de más prosperidad. Pero, claro está, esa paz no puede ser simplemente "represiva", no puede ser simplemente una "calma tensa". Tiene que haber un "algo más" que, por lo que sé, parece que muchos tradicionalistas a menudo no quieren reconocer siquiera sea la incapacidad que tienen a la hora de poderlo considerar y analizar de verdad, sentirlo de verdad, etc.

El "fallo" quizá lo podemos expresar muy rápidamente así: no bastan las buenas intenciones, pues se requiere esa humildad y esa verdad "a nivel del alma", tal como las vemos definidas por el mismo Jesús.

En una nota al pie más arriba hemos hablado de una influencia que compartían en aquella época muchos de estos *progresistas* como Galdós. Se trata de Krause, este filósofo alemán… filósofo digamos "perdedor", pues me parece que era más práctico, más simple y a la vez profundo en esa simplicidad (ya que Dios es eso, simple y profundo, por ser infinito)… y, digamos, más "espiritual" que las contrapartidas filosófico-académicas que parecen ser así como –digamos– más "cerebrales", y por tanto seguramente con mucho más ingenio y dominio de la "tradición ingeniosa" del maremágnum de conceptos en filosofía[10] (como Hegel). (Ya vimos esto un poco en el primer audio de la serie.)

10 Y la filosofía, en gran medida y a grandes rasgos… es decir, los sistemas filosóficos, son un poco un "acto quijotesco", pues la mente, en plan "intelecto-material" sale al "cielo" de los conceptos, cual Don Quijote cuando éste sale (aunque el Quijote de Cervantes sale a la vida real). El filósofo sale al "falso cielo" de los conceptos, quijotescamente pues en

Al krausismo los católicos lo considerarían herejía, creo. Y eso es penoso. “Es una pena”, como siempre, que una parte de nosotros (y también un aspecto de todos nosotros, dentro de cada alma) seamos (y sea, tal aspecto) tan borricos (tan borrico –y con perdón de los asnos–)… pues, de hecho, las mayores lumbreras intelectuales (como Galdós y Pereda) eran amigos (!), aunque de ideologías opuestas… pero como tenían vida propia algo más profunda, maduración, cierta “espiritualidad”… eran “complementarios”. Uno podríamos decir que es afín al krausismo; el otro católico. Sin embargo, por contra, las instituciones son “ciegas”, digamos; son de hecho “muerte en vida”, por la propia definición de “institución” (y así, acaso las deberíamos llamar “esqueletuciones”… esqueletución… no institución).

Hijos del complejo de inferioridad aldeano: El odio a los árboles y otras lindezas

Fijaros en qué cita os propongo para empezar. Es de un historiador que publicó un superventas de introducción a la historia de la España contemporánea (1808-1975):

> “*El odio del campesino hacia los árboles es una de las características más curiosas y fidedignamente señaladas de la vida del campo, con excepción del norte de España: los árboles albergaban a los gorriones, hacían disminuir el trigo y ‘agotaban’ la tierra*”. (Raymond Carr: *España. 1808-1975. p.407. Edit. Ariel, 1998*)

Esa afirmación de este célebre historiador “la he vivido”; es decir, he asistido a la afirmación de este “odio a los árboles”, que fue expresada directamente en plan (creo que fue literal, así): “*hay que quitarlos todos*”. Se me quedó grabado.

Y lo digo en serio, es así. Oí decir esa frase, tal cual, al marido de una hermana de mi abuela. Fue en una visita a su casa, en el pueblo de mi abuela[11]. Y no debía de ser una excepción, pues tal como afirma Carr, esa actitud o creencia impregnaría buena parte de las almas campesinas amargadas, las almas de tanta población en la España tan conflictiva que somos y fuimos… que había vivido la guerra civil, etc.

No puede haber nada más desastroso que ese tipo de creencia[12], de actitud… Esta sería otra muestra más de que “siempre pagan el pato los débiles” (niños, naturaleza…).

Así, un tema que parece muy importante en la “vida emocional” de muchos de nosotros es esta especie de “complejo de inferioridad”, que tenían por ejemplo muchas de nuestras abuelas, abuelos… al provenir de pueblos pequeños y de padres que más o menos denostaban sus ocupaciones campesinas y así, la naturaleza (pues, insisto: siempre pagan el pato los que están “al final de la cadena”, es decir: niños, naturaleza…). Y esto será quizá en parte la causa de que luego nos hagamos algo “cursis”, con más o menos arrogancia. El narrador de *Miau* caracteriza como “cursi” a la familia de Luisito.

Vamos a ver un poco este tema, que está en continuidad con el apartado anterior, claro está; es decir, seguimos al hilo de “la gratuidad de la vida”, al hilo del posible “despertar” continuo a “sentir la

---

parte la intención tiene algo de “querer solucionar el mundo” (con un sistema filosófico, etc.). Pero el filósofo sale ya en esa especie de *delirio* que conlleva no basarse *primero* en el alma, es decir, no tener la precedencia en el *ánimo*, en el alma, en el corazón… no basarse ahí y “sanar” él “primero” (o ella primero).

11 El pueblo es de Guadalajara, en España (Horche).

12 En parte podemos aventurar que esa creencia tiene que ver con esta interiorización de cierta actitud o “filosofía de los amos”, es decir, de esos resentidos que todos un poco éramos o somos… que queremos “ser amos ya” (puesto que a menudo parece que tenemos bien metido esa picazón de un cierto “querer arrasar”… así como mirando sólo “a corto plazo”… y ese tipo de cosas).

naturaleza”, y a sentir cada vez más “agradecimiento espontáneo y natural a Dios”; aunque el tema en realidad acaso sea más cercano a los asuntos que empezamos a tratar en el texto y los audios sobre Pereda.

De hecho, Pereda creo que tiene bastantes novelas, cuentos, etc., donde los protagonistas son gente de campo que se ve tentada por la ciudad, etc. –gente que al final no emigra, o sí… etc.–.

Mismamente, mi abuela y mi abuelo llegaron de inmigrantes a Madrid desde un pueblo muy cercano (70 kms.), trayendo en su alma algo de ese complejo de inferioridad. Eso es, claro está, una especie de emoción, de herida emocional… con toda esa auto-denigración, ese "no aceptarse" o no quererse… sintiéndose como inferiores y cargando con ese desprecio del pasado, de lo anterior, de la vida anterior (lo cual es una herida de vergüenza descomunal)… y en general ese desprecio del campo, es decir, de “la naturaleza”. Parece además que se crearon a sí mismos un conflicto de desarraigo brutal, sobre todo mi abuela, y por fidelidad a “lo que decía o quería la familia” de ella. Yo parece que viví eso mismo, de hecho. Es decir, una parte de lo que viví y absorbí como “atmósfera emocional” en mi entorno fue ese brutal conflicto de desarraigo… un conflicto no tratado, no aireado… y en realidad arrastrado toda la vida por mi abuela.

Detrás están también estas creencias falsas acerca de "la vida es dura" –y, en concreto, la vida del campo–. Y claro, es simplemente porque eso lo que se conoce, y lo que conocemos es a menudo lo único que podemos condenar, juzgar… (se es “de allí”). Pues, si se tratara de alguien “de la ciudad” bien podría decir lo mismo, en muchas ocasiones: “oh, qué dura es la vida” (claro está, con toda la precariedad y tanto cultivo del “pobrismo” que tenemos en la ciudad).

En realidad… y como ya vimos, la vida no es dura. La vida la hacemos así en nuestro libre albedrío (con las emociones) porque persistimos en proteger el miedo en el alma. Protegemos en general las heridas emocionales, y vivimos y cultivamos literalmente miedo (lo cual degrada el alma). Y es que, por ejemplo, a nadie “le ponen una pistola en la cabeza” para tener muchos hijos (tal como efectivamente tuvieron muchas de nuestras bisabuelas) –lo cual tampoco, por cierto, justifica el aborto, pues degrada el alma (cuidado)–.

Quien espera desespera. Devenir irreales: Devenir va©unas

Quizá el tema “estrella” podríamos decir que es el de la “responsabilidad emocional”, y el suicidio es un intento extremo de evitar sentir, y es protagonista de *Miau* (el suicidio)[13].

Os voy a proponer (ver nota[14] al pie) la lectura de lo que, dentro de lo que sé, parece un muy buen texto –bastante breve– sobre “cómo hemos llegado hasta lo de Ucrania”.

---

13 El audio 3 de la serie lo dedico a leer y comentar un poco este apartado y los tres siguientes (es decir, en ese audio nos tocó ver hasta donde cito la novela de Pereda titulada “*Pedro Sánchez*”, con eso inclusive –y antes de los “apéndices”–)

14 De Alejandro Tomasini, titulado “*La fiesta ucraniana*”: http://tomasini-bassols.com/?p=3129#comment-1579 . Tomasini es un profesor mejicano, por lo que veo, quizá retirado, de cuestiones relacionadas con la lógica, el lenguaje, filosofía de tales cosas, etc. Llegué a él “de casualidad”, porque creo que google muestra rápidamente su artículo sobre “contrafáctico” cuando se busca tal palabro.

Hemos visto en otras partes[15], y veréis en ese texto, que se habla de que las masas "importan" a veces muy poco, en “los cálculos” de unos agentes que tienen relevancia en “la historia”.

Y claro, nosotros somos los que creamos el que "importe un pepino" la vida (nuestra actitud esclava, más o menos amodorrada). O sea, somos los que tenemos “el virus del sacrificio” dentro, en cuanto que este virus sería nuestra disponibilidad al sacrificio a veces muy literal de los cuerpos.

Es decir, en nuestra alma/ánimo están las causas profundas de la degradación, y siguen actuando más o menos al no borrarlas –desafiando miedos, etc.–.

Claro, ya sabemos: en el alma tenemos como gesto ese nuestro “resistirnos a esas emociones” que, a fin de cuentas, son aquello que permite que "los controladores" (encarnados y des-sin-carnets) puedan hacer "cálculos" con la ley de compensación.

Entonces, ese "devenir eliminables"... borrables... será como una emoción que parece que estamos viendo muy materialmente plasmada; y claro está, si la cosa no fuera tan tragicómica, tiene su gracia, por lo "pictórico"-pintoresca.

Entonces, parece que tenemos plasmado, este “devenir borrosos”, y “borrables”, con cosas como:

- borrar el *gesto* (mascarillas),
- "borrar" el *cuerpo* ("difuminar" el plasma sanguíneo, si es que se puede decir así),
- "borrar" el *cielo* (al menos en Europa ahora continúa el fenómeno de que, objetivamente, muchas estelas de avión acumuladas terminan nublando el cielo, y a veces para muchas horas; o sea, las estelas efectivamente crean nubes, independientemente de meternos en los propósitos, la causalidad o la composición de estas cosas),
- difuminar la *información* (sin comentarios, claro)

Este tema, claro está, resuena con el caso individual representado en *Miau*, es decir, digamos que un "devenir suicida" del protagonista. Su actitud “depre” podría valer como caricatura del “devenir borrables y borrosos”, como civilización… quizá un suceso previo a grandes cambios, posibles catástrofes, etc.

Y por cierto, “colectivamente” hablando, esta “borrosidad” parecería ser también en parte una muestra "pictórica" de aquel dicho de…: "*Pa lo que me queda en el convento me cago dentro*" (un “dicho colectivo”, o sea, como si el alma humana estuviera "hablando" con lo que "se pinta" en la pizarra de la sufrida Tierra :)… y cuerpos…).

Así pues, en este apartado vamos hablar de esa cierta actitud que tiene el protagonista, y que ahora recordaremos. Esa actitud es una especie de “va©unarse” mentalmente, *mediante* algo “malo”, contra “lo malo”. Y eso sería una especie de síntoma de “suicidio”, o sea, de la “actitud suicida” –la que finalmente ejecuta el protagonista, Villaamil–.

Eso haremos en este apartado, y en el siguiente veremos la analogía con la “espiritualidad”; es decir, veremos algo sobre lo que ya hemos tratado más abundantemente en otras partes, y es que en nuestra época la humanidad en parte se ha “va©unado” con enseñanzas que imitaban, difuminaban y “adornaban” las potenciales enseñanzas simples de Jesús (y sus resultados).

---

15 Lo vimos por ejemplo con el tema de “lo judío”, las víctimas propiciatorias… etc. Es en relación a ir entendiendo técnicamente lo “anti-crístico”, y en general ir sintiendo cómo la ley de compensación y nuestras emociones son manipulables, digamos… es decir, son agenciables en mecanismos de cálculo a niveles interdimensionales, por así decirlo.

En este sentido, el *deseo de ignorancia* de las masas parece ser clave.

Por ejemplo, hablamos de que sería importante el deseo de ignorancia sobre el pecado del aborto. Esto nos impide *sentir* (y por lo tanto humildemente disolver) las causas que permiten que “desarmonicemos” así el alma, y, como somos “poderosos creadores”… las causas que al fin y al cabo permiten que también “se desarmonice” la realidad que vivimos de modo más o menos “zombi”.

Y bien, el protagonista, Ramón Villaamil, está desesperado en su esperanza. Lo demuestra él mismo; dice: "*Tengo esperanza. No, no quiero consentirme ni entusiasmarme. Vale más que seamos pesimistas, muy pesimistas, para que luego resulte lo contrario de lo que se teme*".

Esa es su "va©unación": algo así como meter en su mente y cultivar un "virus atenuado" (o no tan atenuado), el virus de imaginarse que pasa lo peor.

En el capítulo 4 de *Miau* también dice:

"*Lo mejor es no esperar nada, verlo todo negro, negro como boca de lobo, y entonces, de repente, ¡pum!… la luz… Sí, Ramón, figúrate que no te dan nada, que no hay para ti esperanza, a ver si creyéndolo así, viene la contraria…*".

Aunque, mientras está haciendo eso, mientras se prepara así para lo malo (en parte disponiéndose u ofreciéndose también cual sacrificado cordero a lo que en realidad parece que siente como "inevitable")… él, de todos modos, va a seguir escribiendo misivas y enviándolas a través de Luisito, como hace siempre, a ver si algún conocido le da el ansiado puesto y puede volver a ser normal y servir para "lo único que servía".

Cuando vivimos en el miedo devenimos irreales, obviamente.

La muerte es irreal, pues la vida está dada en el alma; la somos como almas, y no podemos matar ese ánimo, esa vida (esa *mitad de alma* que *contiene* nuestros dos cuerpos: *espiritual y físico*).

Y podemos devenir tan irreales que hasta nos suicidamos, en esa especie de "querer lo irreal".

En "nuestra civilización" parece haber mucha plasmación de ese "devenir irreales" acumulada.

Por ejemplo, vivimos en… o vamos cultivando muy a gusto… ciertas modas en torno al "miedo a enfermar", lo cual es un elevado estado de locura o delirio *contenido*, digamos. Y así, en ello, tomamos medidas que se suponen preventivas, pero que en el fondo son más o menos violentas, "suicidas", en una especie de lento suicidio civilizatorio. (Las civilizaciones y sus instrumentos parece que contienen siempre ese aspecto.)

Nosotros, al cultivar ese cierto "pesimismo" del "podría pasar", manchamos nuestros cuerpos –en analogía a lo que hace Villaamil con su mente–, manchamos nuestros cuerpos, y los de los bebés, etc., pinchando a diestro y siniestro cosas que supuestamente previenen cosas.

De hecho, en gran medida sería como si durante decenas de años se hubiera programado, a esa masa humana más o menos servil que "siempre somos", para que todo lo que resulta de nuestro crecimiento en "cuidados", o sea, en "amor", en la alimentación, en un poco de menos crueldad con algunos niños –aunque no con "los abortos"–, en la higiene, etc., en todo eso… hacemos que todo eso vaya siendo como atribuido a cosas como las va©unas, y a veces básicamente sólo a "la medicina", etc.

Y al ir siendo atribuido de ese modo, es por lo tanto encauzado para nutrir cierta "actitud de adoración" de "la ciencia" y la técnica –con toda esa "actitud cientifista" seudoreligiosa donde, mucho o poco, idolatramos "la ciencia"–.

Es decir, una vez más, en gran medida todo sirve para cultivar la actitud de anteponer "lo humano" a la enormidad de los dones que gratuitamente ya tenemos en la vida –y, por cierto, y tal como creo que ya nos dimos cuenta muchísimas personas: hacemos como si la medicina fuera una ciencia, cuando nunca lo puede ser–.

Una parte de la "civilización" es ese vivir "materializando miedo", materializando pesimismo, podríamos decir.

Ese "podría pasar" algo malo (eso que Villaamil "cultiva aposta", así como "poniéndose en lo peor"… para que en la vida se le dé lo contrario), es ejemplificado por lo que sucede en el caso de las va©*u*nas, con ese: "podría pasarme esto, o lo otro", "podría morir mi hijo", etc.

Ese miedo es usado para introducir todo tipo de medidas que son en realidad ese mismo gesto dañino de nuestro protagonista al "cultivar el pesimismo".

Pero en este ejemplo de las va©unas lo materializamos en lo físico, ya que para librarnos de sentir ese miedo y de tener que traspasarlo (para así crecer como almas), para librarnos de

desarrollarnos de verdad como almas, machacamos los cuerpos (y, encima, también los de unas personas que ni siquiera pueden decidir sobre ello, o apenas pueden: *bebés*, *niños*, etc.).

Y todo, para seguir viviendo en la irrealidad de nuestros miedos.

"Materializamos" pues, a modo de ensalmo, muchos de esos tan mentales "podría pasar…" (con va©unas, seguros…).

Materializamos la posibilidad, la "imaginación pesimista", y así, hemos materializado e incluso institucionalizado una "posibilidad pesimista" de algo que no había sucedido, un "podría ser". Y a partir de eso vivimos ahí.

En base a esa posibilidad luego hemos actuado como si fuera real eso que aún no había sucedido (enfermar, por ejemplo)[16].

O sea, en el lado "colectivo" cultivamos e institucionalizamos "deseos feos", al igual que, analógicamente en el lado individual, nuestro protagonista lo hace en su delirio personal, lo que le irá "llevando al suicidio".

Por lo tanto es la misma actitud de suicidio, sólo que ahora "colectiva".

Vivir en el miedo sería de hecho un suicidio, y las civilizaciones o culturas parece que simplemente son diversas variantes en las que expresar la historia de esa verdad sobre "el virus del miedo".

De tan prevenidos que somos… nos ensuciamos y terminamos incluso matándonos, "atrayendo muerte"… al ir viviendo en esa "tensión" que es el miedo. Nos vamos "matando" al tenerlo ahí dentro, así como oscureciendo el alma, sin que fluya. Pues no queremos que, "fluyendo", nos muestre que estábamos equivocados.

Es decir, como el error (un error emocionalmente muy absorbido) es lo que produce miedo… si accedemos a sentir humildemente el miedo (y desafiamos los miedos que hagan falta para ello)… entonces nos será mostrado a todas luces el error emocional y profundo en que vivimos… y podremos así sentirlo y abandonarlo. Y ese error es un error con respecto a alguna concepción falsa acerca del amor, del cuidado, del propósito de la existencia…

Un prevenir que envenena, pues.

Estas son las *monstruosas* creaciones (instituciones, etc.) que surgen de nuestra "razón", pero no porque lo racional en sí sea "malo", obviamente. Lo que engendra "monstruos" es, como se sabe, la irracional preponderancia de la supuesta "razón" frente al "corazón", al ánimo, alma. En realidad, es la irracional preponderancia de lo "intelectual-material" frente a lo "anímico" (pues la racionalidad y la reflexividad son obviamente esenciales, al menos como actividad de discernimiento elemental).

En el fondo el alma es lo que gobierna la vida, tal como estamos comprobando: emociones, deseos, pasiones, intenciones. Y, como siempre decimos, esto bien lo saben ya "en economía" y en los medios de comunicación, etc., sólo que hay que ser "muy tontos" para no querer verlo –bueno, más que muy tontos, hay que querer estar muy aterrados, y más o menos orgullosamente aterrados–.

Así es que "materializamos", en vez de sólo pensarlo (en vez de sólo pensarlo como hace Villaamil, que de cierta forma se regodea en lo "malo" que ya está viviendo, al cultivar ese pesimismo) … materializamos… decíamos, aquello que nos gustaría tener realizado: la "salud", pero aplicando medios venenosos (!).

Es decir, "quiero salud"… y entonces "vamos a pinchar a bebés" (!).

Así se va normalizando una desarmonía evidente.

Bajo el disfraz de salvaguardar la vida creamos dolor y toxicidad ya, ahora mismo, aquí y ahora (y hacemos eso mismo en tantos aspectos de la vida… más o menos normalizados socialmente con "instituciones"…).

---

16 Recordemos que, de hecho, algunas va©unas se dice que introducen por ejemplo "virus atenuados" en el cuerpo, etc., aparte de que obviamente son "carta blanca" o "caballo de Troya" para realizar todo tipo de "juegos", pues una vez que estamos "borrachos de miedo" se puede hacer casi lo que se quiera con esas vapuleadas mentes que somos, en nuestro bamboleo perdido.

O sea, vivimos un devenir irreal materializando el universo posible del “pude enfermar”. Esas posibilidades son así como materializadas en nuestros cuerpos, mediante literales venenos.

En ese “pude enfermar” estamos además asumiendo como verdadero algo que es falso, pues la causa de las enfermedades no es material. Lo “material”, como su nombre indica, está en el orden de lo material, y punto; y lo que sucede materialmente es un efecto de lo que sucede energética y emocionalmente.

Así pues, estamos lanzando un argumento falso “al universo”, lo estamos siendo, diciendo, aseverando… y continuamente, con nuestros “pasos”, a cada acto, a cada momento de la vida.

Por tanto nos convertimos materialmente en argumentos de falsedad, en “argumento con patas”: “ey, pude enfermar”. Y “materializamos” ese argumento. Es decir, me meto algo en el cuerpo (y, peor, se lo meto a bebés), y así de cierto modo estoy “actualizando” eso que no ocurrió, esa posibilidad. (El nombre de esto, digamos, el nombre “técnico” de un acontecimiento o situación que *no ha sucedido pero que podría haber sucedido* es “contrafactual” o “contrafáctico”[17]).

Así pues, nos ponemos a prevenir hechos posibles basándonos en esa “irracionalidad álmico-emocional del miedo”[18].

Los nuevos *vates* (poetas, profetas, adivinos, augures) que en realidad son *orates entre orates* (locos, idos, aventados… que han perdido –aposta– el juicio)… son estos *émulos de sacerdotes* que a veces tienen un *pie* en un medio de comunicación y el otro *pie* en alguna empresa digamos farmacéutica… y el *tercer pie*, o mini-pie, quizá lo tienen metido más o menos fértilmente “en política”… etc.

Estos vates vaticinan, con sus mullidos y pulcros “versos” tecno-político-”científicos”, la siguiente “muerte posible” (“ay, si no os va©unáis”…), en la normalización civilizada de nuestra cómoda demencia, provocada por “vivir en el miedo”, engreídamente.

Y, como hemos visto, nuestro vivir engreídamente en el miedo nos vuelve de cierto modo “imaginarios”: pasamos a vivir en el universo posible de los *salvados* gracias al “dios-humano”. Y en realidad así pasamos a ser “borrables”, y en cierto modo nos ofrecemos como víctimas sacrificiales.

Y, por cierto, no parece azaroso el hecho de que las estelas de los aviones (contengan lo que contengan), caprichosamente, un día sí otro no… provoquen tantas nubes que muchos días se puede constatar fácilmente que terminan llenando de nubes el cielo. Parece ser toda una metáfora de este “hacernos borrables”[19], en nuestro devenir irreales.

Como vimos, las *leyes naturales* (atracción, etc.) hacen que vivamos experiencias que responden a las emociones que protegemos en el alma. Si protegemos el miedo y otras así, “negativas”, tendremos efectos que nos devuelven nuestro estado de “querer miedo” (accidentes, catástrofes, disfunciones varias), pues nuestra alma necesita liberarse de eso que entorpece su diseño natural.

Así, al conservar esas emociones desarmónicas ahí, en nuestra “poderosa” alma, las vamos “emitiendo” y nos son devueltas en la experiencia (como regalo, para que sintamos, para que desarrollemos la humildad).

Esa actitud de “recordar ser pesimista”, la que cultiva Villaamil, en realidad, si es bien entendida o asumida… quizá le pudiera servir para afrontar sus miedos, y así, para sentir y acceder a entrar humildemente en lo que hay por debajo de esas expectativas tan desesperadas que tiene y ejerce en la novela. (*Recordemos*: Al vivir en el miedo, en general, nos convertimos en seres que, más o

---

17 Y completa así la wikipedia, diciendo: “la situación o acontecimientos fácticos o fenoménicamente existentes, son llamados por este motivo, algo ambiguamente, ‘*actuales*’”. https://es.wikipedia.org/wiki/Contrafactual

18 En anteriores ocasiones hemos tratado del tema “cerrar la herida (emocional) sin sanarla”, y en general la ingeniería social, etc.

Respecto al tema de las empresas aseguradoras, en relación a lo que estamos viendo (y que hemos tratado menos, o nada), os invito a ampliarlo por ahí, con algo que me podáis compartir, etc.

19 Está muy estudiado y “denunciado” por asociaciones formales ecologistas, etc., y desde hace mucho tiempo, todo el manejo y experimentación sobre la atmósfera, para provocar nubes, etc. El hecho de que suene a “conspiración” es parte de “la conspiración” de nuestros miedos.

menos desesperadamente, “proyectamos nuestras expectativas”, es decir: “ay, que me quieran…”, “ay, que me den…”, etc. Y por cierto, el miedo también nos vuelve caprichosos, en esa borrachera mental que nos produce tener el ánimo así distorsionado. Al ser antojadizos, nos hacemos previsibles, controlables… pero de eso hablaremos luego, o en otro lado.)

El protagonista intenta reducir la incertidumbre cultivando emocionalmente “el lado oscuro”, para ver si así puede atraer “luz” (o sea, el buen resultado). A base de tanto vivir previniendo, en realidad se desespera. Y al final ya no espera más: ejecutará el suicidio, con el que parece expresar de qué se trataba todo el rato; es decir, se trataba en realidad del miedo, de esa violencia en que se convierte y que es todo el rato el miedo, en realidad… cuando lo protegemos y no lo “temblamos”, cuando no lo dejamos fluir… pues si queremos crecer hemos de tener al miedo como *amigo* que nos indica dónde hay desarmonía con Dios.

Así, al proteger el miedo, por tanto, nos envilecemos, pues no queremos darnos por enterados de dónde *estamos*, o de por dónde y cómo estamos yendo “a la contra de Dios” (colectiva e individualmente); y eso, lógicamente es “diabólico” en vez de “simbólico”.

También ese gesto de Villaamil parece tener mucho que ver con ese “me castigaré a mí mismo” para así “ahorrarme broncas y malestar al sentir las emociones de mi madre, padre, etc., a quienes molesto cuando siento y expreso algunas cosas delante de ellos: Así que mejor yo mismo me castigo… y así no tengo que soportar las proyecciones emocionales de esos adultos tan grandotes”.

Ese “me imaginaré en lo peor… para que no pase”… quizá tiene mucho que ver con esa actitud que aprendemos a tener, como niños *buenitos*, desde pequeños, *comulgando con ruedas de molino* para no molestar; o sea, para no hacer sentir a nuestros padres, o en general a cualquier adulto, todas aquellas cosas que, en realidad y de todas maneras, les vendría bien sentir humildemente –aunque sólo si quisieran traspasar los miedos que actualmente están creando sus “leyes de atracción” más o menos “miserables”; o sea, si quisieran “crecer como almas”–.

Pero, en vez de esa tarea, ya sabemos cuál es nuestra “tarea”: Actuar, más o menos valientemente, para desafiar nuestros miedos, experimentando con acciones que sospechamos son “armónicas con el amor”… y ello en vez de machacar el alma cultivando ese “no terminar de sentir” o ese “sentir a medias” el miedo… o cultivarlo… para no ser humildes.

Igualmente, por cierto, esa actitud de autocastigo parece darse en la búsqueda de parejas, pues hay gente que busca incluso parejas que no les gusten mucho, y así parece que se materializa también una relación, una materialidad, donde “vivimos” o “terminamos viviendo en una posibilidad”: “Ey, si es guapa/o me engañaría”… “ey, si siento mucho amor será peor… pues luego el embate del dolor será insoportable cuando se acabe la relación”, etc.

Nos “va©unamos” de nuevo, pues, para seguir protegiendo miedos, miedos a sentir las heridas emocionales que principalmente hemos absorbido desde las almas de nuestros padres y madres, etc.

Así, en las relaciones de pareja, a menudo se siente demasiado fácilmente que en realidad fueron elegidas para castigarnos a nosotros mismos… y para prevenir de ese modo aquellos potenciales “castigos” que venían hacia nosotros en el pasado (aunque a menudo venían en forma de simples y bien profundas oleadas emocionales, etc…)… los que venían siendo aplicados desde las almas y los actos materiales de los padres y otros adultos.

Obviamente, ya somos adultos, y no tiene sentido… pero vivimos en ese yo herido.

Devenimos pues esclavos de esas “falsas expectativas que aparentan realidad” y que se alojan tan profundamente. Así, sucede como que “suicidamos el alma”, pero como el alma no muere, sino que siempre “crea”, y como siempre está asistida en ello por las leyes (de Dios), entonces, vivimos y tenemos “lo que deseamos”.

Pero la realidad seguirá “gritando”: “Ey, ¡que no, que el miedo es tu amigo, pero está para que veas dónde estás… cómo estás… en desarmonía con Dios –diciéndolo rápidamente–… o siquiera para que veas dónde te encuentras en desarmonía con tu diseño original, es decir, con tu diseño como alma que fue creada pura, ‘a imagen de Dios’… ya… aunque no recibas/pidas amor a Dios”. Y es que la

culpa de que estén todos esos miedos ahí, “creando nuestra ley de atracción”, no la tiene “la vida”, y tampoco la tiene Dios.

Es decir, la verdad brillará, pero quizá hagamos lo mismo de nuevo: quizá no queramos entender que los eventos son “regalos” y que las leyes son amorosas. (Ese “grito” de la realidad sería ese *esplendor de la realidad*, que es como definía inspiradamente la *verdad* en aquella cita Simone Weil, como vimos: *la verdad es el esplendor de la realidad.*)

Así pues, en este “lado colectivo” acabamos de hablar de cómo sucede que (y estamos comprobando que) “*esperando* que pase algo ‘malo’” (muerte, enfermedad…) *desesperamos* “institucionalizando suicidio” (pinchando, etc.).

Hemos asistido y contribuido a va©unarnos “contra Dios”

Todo esto lógicamente también está relacionado con algo que para mi sorpresa se ha ido dilucidando al conocer estas enseñanzas e ir recibiendo algo de amor divino.

Y se trata de captar “la sustancia” del asunto de “lo anti-crístico”, en lo cual muchos descubrimos que hemos “participado”.

Y es que sabemos que, con el amor de Dios en el alma, los seres humanos nos hacemos más incontrolables. La humanidad se vuelve no tan manipulable, pues el amor de Dios es más efectivo “contra” la otra cara del control: el miedo, ya que podemos entender y sentir mejor todo este esquema que ya hemos planteado arriba y en otros lados, acerca del alma, acerca de la entidad del miedo como “amigo” para mostrar el error… la importancia del arrepentimiento y el perdón, etc.

Entonces, muchas personas (encarnadas y desencarnadas) estiman que Dios es literalmente “un virus”[20], es decir, que Dios es “malo”, pues lógicamente el amor –y más el amor tan puro como es el de Dios– juega “a la contra” de las actitudes de control, y sin que ese amor sea “enemigo” de ellas, claro está, sino que simplemente las anula, digamos… o sea, nos “pide” anular por nosotros mismos las adicciones emocionales –y muchas tienen que ver con el control, el poder, etc.–.

O sea, es muy sencillo, poneos en ese papel (que parecen tener algunos desencarnados): si uno pretende “programar la Tierra” (o sea, predecir, controlar, aunque sea “para bien”… con buenas intenciones, el comportamiento de los “mortales”), entonces uno no querrá “virus” metidos en ese programa que quiere ejecutar. Y Dios funciona efectivamente como un “virus informático” en cualquier intento de controlar (aunque sea con buenas intenciones).

Ha habido y hay muchas divulgaciones en torno a Jesús, dadas por el mundo espiritual (de hecho al parecer todavía hay muchos desencarnados que, por ejemplo, se creen Jesús, y cosas por el estilo). Estas son obras que, de un modo u otro, suplantan a Jesús, o por así decir falsean las cosas en torno a la figura de Jesús (imitan, se ponen ahí como “eh, mirad, datos, datos más fidedignos, por fin”).

Estas cosas en parte estarían usando nuestra “hambre de verdad” en torno a todo esto, y usando nuestras intuiciones sobre la relevancia de Dios y de lo que pasó hace unos 2000 años en el alma de Jesús (y lo que se abrió para todos debido a ello), y gracias también al ejercicio de la voluntad de Jesús, etc.

Se trata de algo que ahora pude por fin empezar a entender emocionalmente, o sea, poniéndonos pedantes… que pude “caracterizar técnicamente” como “anticrístico”: son canalizaciones, o similares, en las cuales lamentablemente yo he participado –aunque afortunadamente no me hice “maestro” muy “oficial” de esas enseñanzas–. Son obras de la conexión con el mundo espiritual, un mundo en torno al cual tenemos muchas creencias falsas, algunas de las cuales las hemos ido viendo, puesto que quizá muchos creíamos que por defecto “desde el mundo espiritual no van a querer básicamente engañarnos”, o no tanto… o creíamos que todo espíritu siempre es básicamente mejor que nosotros… etc.

---

20 Siendo que en realidad en biología los virus no se conceptúan como algo malo, por supuesto; de hecho en las relaciones que constituyen la vida son fundamentales vectores de información, etc. Así que “esas cosas” son para asustar al populacho que somos.

Y en ese “gesto anticrístico”, fijaros, qué curioso… ahí, tenemos lo mismo: de cierto modo nos “va©unamos” (con “virus atenuados”) contra lo que se considera un mal.

En este caso, ¿a qué “consideramos” un mal? Parte de la humanidad (desencarnada y encarnada) considera a Dios como un “mal” (de hecho, por defecto actuamos en base a considerar que eso es así).

Y es que, por diseño, el hecho de que Dios pudiera por fin dar amor divino en la Tierra abrió más dimensiones (para la Tierra y su mundo espiritual)… más dimensiones en número y “en cualidad”, que las que había hasta entonces, por ejemplo. Por lo tanto se abrieron muchas cosas nuevas para la vida y su significado –y es que, como ya vimos, lo más “revolucionario” es Dios, pues tiene mucho tiempo para dedicarse a ello, en cuerpo y alma :) –.

Y ya bien se sabe que el cambio nos da miedo, pavor.

Así es que lo que en parte se considera un “mal”, decíamos, es “Dios” (lo queramos o no admitir).

Entonces, esa actitud, que sería la de muchos desencarnados, es “lógica” (es decir, el que directa o indirectamente consideremos así a Dios). Por ejemplo, en el caso digamos “indirecto”: Si uno ya se considera “un dios”, o un “dios compartido”, o “un dios distribuido”… o si uno considera algo así como que ya se ha “fundido con dios” (cuando no es así, pues de entrada Dios no diseñó que nadie pueda “fundirse”…), etc., entonces… indirectamente uno va a estar digamos “en contra de Dios”; es decir, uno va a estar en contra de lo que Dios realmente conlleva o es; es decir, uno va a operar “a la contra” de lo que realmente conlleva la posibilidad de permitir que se ejerza la acción de Dios en nuestra alma –la acción de su amor, de ese pedazo de infinito que es el amor divino–.

Y “la solución” también digamos que “está” en ese fragmento de Miau, y muy brevemente esbozada… “poéticamente”, por Galdós

La secuencia de la novela, la que hemos citado, donde Villaamil se autoconvence de practicar cierto tipo de pesimismo como “técnica espiritual”, contiene ya, así como muy “poéticamente”… una especie de demostración del “remedio”, pues el abuelo acaba así su monólogo interno en esa parte:

> “*¡Dios mío! ¡qué idea! ¿no sería bueno que yo mismo escribiese al Ministro?…*”.

Y a continuación dice el narrador:

> “*[*el abuelo,*] al decir esto, volvió maquinalmente a donde Cadalsito [*el nieto*] dormía, y, contemplándole, pensó en las caminatas que tenía que dar al día siguiente para repartir la correspondencia*”.

Veis, ahí al abuelo le da un asomo de tierna compasión por lo que le está haciendo pasar a su nieto, al cual le está fomentando o “enseñando”, por así decirlo, cierta “picaresca” –como ya vimos arriba–.

Pero pasa algo más, algo muy curioso; y es que ahora Galdós nos sume en la mente de Luisito Cadalso, de “Cadalsito”, como también lo llamó…, y dice:

> “Cómo se encadenó esto con las imágenes que en el cerebro del niño determinaba el sueño, no puede saberse [*o sea, el sueño, el acto de soñar, definía ciertas imágenes, que a continuación nos describe; es decir, Luis, que está durmiendo, está soñando…*]; pero ello es que mientras su abuelo le miraba, Luis, profundamente dormido, estaba viendo al mismo sujeto de barba blanca; y lo más particular es que le veía sentado delante de un pupitre en el cual había tantas, tantísimas cartas, que no bajaban, según Cadalsito, de un par de cuatrillones. El Señor escribía con una letra que a Luis le parecía la más perfecta cursiva que pudiera imaginar. Ni don

Celedonio, el maestro de su escuela, la haría mejor. Concluida cada carta, la metía el Padre Eterno en un sobre más blanco que la nieve, lo acercaba a su boca, sacaba de ésta un buen pedazo de lengua fina y rosada para humedecer con rápido pase la goma; cerraba, y volviendo a coger la pluma, que era, ¡cosa más rara!, la de Mendizábal[21], y mojada, por más señas, en el mismo tintero, se disponía a escribir la dirección. Mirando por encima del hombro, Luisito creyó ver que aquella mano inmortal trazaba sobre el papel lo siguiente:

B.L.M
Al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda,
cualisquiera que sea,
su seguro servidor,
Dios."

Es decir, los deseos del abuelo se cumplían en un sueño de su nieto, donde "Dios" es quien escribe al Ministro. Claro que eso al final no va a salir bien… pues el Ministro hará lo que quiera. Pero… sobran comentarios acerca de todo lo que esto nos pudiera sugerir en nuestra inspiración (y aspiración).

Y unas citas, para terminar, de la novela titulada "Pedro Sánchez" [sic], de Pereda (publicada en 1883)

Para terminar, una cita de una frase de un personaje de la bonita y entretenida novela "*Pedro Sánchez*", de Jose María de Pereda. Fue publicada en 1883. Su título nada tiene que ver con el personaje actual que es nuestro presidente (a día de hoy en España), en esta *película de terror* que hoy nos atrevemos a llamar "política":

"*… es condición de nuestra flaca naturaleza dejarse caer en los peligros reales por huir de los imaginarios*".

Valga la cita para despedirnos, ya que se dice que Pereda y Galdós eran amigos, y entonces, seguramente siguen siendo grandes amigotes en el mundo espiritual :).

Aunque, por cierto, y como ya sabemos: no es nuestra "*naturaleza*" la que es flaca; pues, tal como la hizo Dios, nuestra naturaleza (alma) fue hecha perfectamente pura por Dios, pero se torna enflaquecida por los miedos y demás emociones desarmónicas que se quedan bloqueadas en el alma desde que somos concebidos y nos alojamos (como almas) en los dos cuerpos… desde que acogemos esos dos cuerpos (como almas, "dentro") –nuestros dos cuerpos que empiezan a desarrollarse en el útero de una madre biológica–.

Y luego, *actuando* en base a esas emociones (pecado), seguiremos encogiéndonos y enflaqueciendo más… y así, hacemos que en la vida a veces tengamos buenos motivos para decirnos –tal como también expresa el protagonista de esa misma novela de Pereda, en un punto en el que dice que se sentía enfermo–:

"*… el peso de mis dolores morales llegó a vencer las fuerzas de mi cuerpo*".

21 Este Mendizábal, nombrado por su apellido, es un vecino de ellos. Tiene un negocio en su misma casa; supongo que, al tener máquina de escribir, hace el servicio de redactar escritos para los varios "papeleos" necesarios en la vida ("memorialista" creo que era el nombre técnico de esa actividad o similar, al parecer).

Apéndices:
Devenir cursis, caprichosos; devenir "seccionarios" ("diccionarios de miedos" con patas). Cursilería y antojadez. Un árbol… y la cursilería frente a la vida natural y frente a Dios

Parece evidente[22]: Evitar sentir nos hace superficiales… y cursis[23].

Por ejemplo, mucha gente en el fondo no es capaz ni de matar una mosca (y por cierto, es por algo)… no éramos capaces *ni de matar una mosca*, pero emocionalmente estábamos *distanciados* de esos continuos *actos de violencia* que se realizan, no muy lejos, como por ejemplo en los mataderos para extracción de carne[24].

El alma sin embargo no puede dejar de "ser o sentir" más "en simultáneo", por así decirlo.

Así pues, devenimos irreales al *separarnos*, al "auto-seccionarnos" emocionalmente con respecto a todo eso en lo que, en el fondo, participamos. Devenimos irreales, pues es como si nos alejáramos de "ser el alma".

Evitamos nuestro ser verdadero: ese ánimo o alma que anima las marionetas-cuerpos, y que, como tal, es sensible por ejemplo a esos actos de violencia que otros realizaban para que nosotros pudiéramos ingerir *cadáveres* fileteados.

Vivimos pues *autoengañados* en muchos aspectos, al separarnos, al di-seccionarnos a nosotros mismos, *por nuestra cuenta*, como almas, en cuanto que somos ese ánimo que en el fondo desea poder sentirlo todo… que desea, *deseamos*, por diseño, responsabilizarnos de todo sentimiento que esté en la causa de aquello en lo que, sí o sí, participamos.

Nos separamos así de nuestra capacidad natural de "simultaneidad-en-el-sentir", y nos alejarnos así de estar bien asentados en el alma. Nos desposeemos a nosotros mismos de nuestra "capacidad deseante" y de nuestra autoconsciencia plena a la hora de relacionarnos con nuestros deseos.

Vamos pues siendo una especie de *afirmaciones falsas* sobre nuestra alma. Pues en ese auto-seccionarnos por nuestra cuenta nos afirmamos como "no-almas", es decir, como un "no-deseo-sentir", y por lo tanto, no deseo asumir mi "responsabilidad emocional" con respecto a aquello en lo que de todos modos *participo* (lo que ocurre en un matadero, que es el ejemplo fácil que hemos puesto).

Así, en la vida, cada acto o cada "paso" que damos se convierte en una *cursi* afirmación así, una que podríamos decir que es "seccionadora", "diseccionadora" de nuestra alma.

Y esto de cierto modo nos puede *agotar*, pues el alma es –y en el alma está– la vida que Dios nos dio. Y si eso nos cansa, degrada y agota es porque el diseño opera con todas sus leyes para que no retengamos el miedo en el alma (el miedo a sentir, etc.).

Cada paso o cada acto de nuestras vidas es como si se volviera una "*palabra*" en un diccionario de miedos (en un "seccionario", si lo quisiéramos llamar así… en vez de diccionario).

Tales palabras, esas expresiones que continuamente serían nuestros actos de vida, no contienen ninguna *promesa*, están como muertas; su raíz está seccionada de la vida pura que en esencia es el alma, y, por lo tanto, seccionada de su "plenitud de sentir en simultáneo".

---

22 Esta serie de apartados (de "apéndices") hasta el que se llama "Dividuos…" (con ese inclusive)… los leo en el audio 4 de la serie.

23 ¿Y por qué evitaríamos sentir si no es por miedo? Y el miedo parece que siempre empieza siendo miedo a nuestras propias emociones (como nos ha señalado Jesús). Pero al mundo no venimos con este miedo por diseño –como almas, al encarnar, no somos así–.

(Pongo aquí estos apartados sobre "lo cursi", etc., claro está, porque en *Miau* aparece la cursilería.)

24 También los actos de violencia en las *guerras*, de los que tampoco queremos asumir responsabilidad emocional, pero que, de todos modos, hay unos "profesionales" que a veces los están realizando (soldados, etc.), y en cuyo desempeño participamos, en realidad.

Este "distanciamiento emocional", por así llamarlo, es, como vemos, algo muy evidente, pero que "nadie gusta de comentar", en nuestra fachada. Este rasgo que caracteriza en gran medida eso que mal-llamamos "civilización" es comentado, de manera sencilla, por Jesús, en el contexto de los talleres sobre "cómo el mundo define el amor" (eventos del 2011, en Divine Truth –divinetruth.com–).

Nos volvemos pues “seccionarios” de miedos, *seccionarios* de la muy Real Academia Caótica del Miedo… enciclopedias de eso.

De ahí la sensación de cursilería y falsedad que a veces podemos tener al sentir tantas de “las cosas de la civilización”.

En este devenir irreales del que hablamos en otro apartado, nuestras vidas se “seccionan” en ese “seccionario” de incoherentes listas de lo que en el fondo son caprichos, cosas caprichosas de “la civilización”, mudables antojos que son como *antónimos* de nuestra esencia y diseño como almas puras (y que además son, *a fortiori*, antónimos del destino eterno).

Expresamos pues lo antónimo a nuestra esencia.

Somos como un “antojismo con patas”, *antojodejados* a nuestro propio “libre” arbitrio, en una *libertad* borracha de miedo –y así pues, para nada *libre*, en el fondo–.

Así, tenemos las di-secciones de la vida…: trabajo, familia… y cada una configurando caprichosamente el “cómo vivir antojando”.

El alma en su borrachera parece expresar esa confusión, ordenadamente caótica, a base de muy caprinos caprichos… irresponsables con el simple hecho de ser almas, y prolongando así, por cierto, la enseñanza “inconsciente” de los padres, las madres… y de los padres y madres de nuestros padres y madres (y la atracción constante de desencarnados –antepasados propios y ajenos–, una atracción a “pegarse” en nuestras heridas emocionales… y que a veces se dan en oleadas “pandémicas” más o menos programadas…)… esa enseñanza, decíamos, que se nos imprime muy pronto, emocionalmente, y que imprime lo siguiente (como bien y claramente enseña Jesús): “Ey, aquí manda otra cosa que el ánimo o alma; aquí prevalece lo que dicta la mente y el cuerpo…”.

Devenir reales

Frente a esas “disecciones”… la vida, con el *amor de Dios*, y aunque sea a trancas y barrancas, nos va a hacer *diccionarios inasibles, incontrolables*; sólo Dios los podría entender, si acaso, como un “diccionario”… pero es que ya no serían siquiera comparables a un diccionario.

Vamos a ser, pues, algo así como “anti-diccionarios” de palabras-actos hablados *con Dios*, y que, por lo tanto, expresan la armonía que es su infinito Ser, la armonía con el amor y la verdad tal como Dios los es.

Como decíamos, serán más bien “no-diccionarios”, novelas abiertas que Dios quiere co-protagonizar, si le dejamos, para *devenir reales* ya, para devenir los *individuos* que ya somos: esos in-divisos individuos “in-diseccionables”, en realidad, y que están diseñados para ser “creativos” en tanto que el alma, gracias al amor, está diseñada para *crecer*, para *desarrollarse*.

Poner pues nuestros actos, de ser los “antójinos”[25] que por defecto son, en el *seccionario del miedo*… a ser “sinónimos” de la realidad de ser almas creadas por un Dios que es amor infinito, aunque nos hayan dado y hayamos absorbido otro ejemplo muy diferente, el de ese miedo que el mundo llama amor… y que es el ejemplo de nuestros “maestros falsos” (madres, padres, etc.), es decir, de todo ese entorno que nos ha criado en tan gran medida para terminar convirtiéndonos (y ayudados en seguida, para esto, por nuestro libre albedrío y nuestro carácter, que luego “sufren” en esa borrachera de heridas emocionales instalada muy pronto, cometiendo más actos imprudentes)… para terminar convirtiéndonos, decíamos, en incoherentes *seccionarios* de actos-palabras que son *antónimos* de Dios (aunque no lo parezca debido a la fachada de “amor”, a la máscara de un amor definido “a la manera del mundo”, que es una manera en casi todo opuesta a la de Dios).

Si nos quedamos siendo así, como tales seccionarios, seremos como diccionarios que se brindan a que otros los “hablen”, los usen; es decir, para que otros los manipulen, en la medida que puedan… y como posibles “*actos-palabras*” más o menos predecibles y que componen y compondrán una vida así

25 Como se ve, propongo esta palabra delirante, mezcla de “antónimo” y “antojo”, claro está. A ratos, a muchos ratos, hemos sido y somos como antónimos de Dios, y a nuestro antojo: “antójinos”, pues :)

“ordenada” por el miedo, y, debido a ello, sometida a un posible vapuleo por parte de las actitudes de *control* en el entorno (del control… es decir, de esa otra cara del “vivir en el miedo” que es el afán de controlar).

Ese seccionamiento del “seccionario del miedo” permite que se dé una *selección* así como desde un exterior controlador, pues hemos “vaciado”, hemos dejado vacante, nuestra alma, como lo que es: como algo que está diseñado para el amor; “estamos de vacaciones” respecto a nuestro “posicionarnos en el alma”; y ese vacío crea esa seccionabilidad desarmónica desde la cual “emitimos llamadas” constantes para que entren en nuestra vida a jugar todo tipo de parasitajes controladores (por ley de atracción).

Y, recordemos, esa selección controladora sólo se puede dar porque nuestro significado o propósito de vida distorsionado ya lo tenemos así como impreso, dentro, pues está absorbido por nosotros desde que, como almas, encarnamos en el útero y absorbemos todos esos miedos y vergüenzas… y luego, ese significado es prolongado y reforzado por nuestros pecados (técnicamente: cosas que degradarán más el alma nuestra y de los demás).

Pero, en un principio, decíamos, ese significado es dado por esos agujeros que se nos hicieron en el alma muy pronto, al asumir miedos, propósitos desarmónicos, en el hogar… es decir, en esas “jaulas de ‘amor’ falso” –como las llamábamos en otro sitio–.

Y es que, así como “sin querer”, vamos programando a los niños con ese propósito de “no comprender las leyes naturales”, es decir, programando en el desentendemiento colectivo acerca del regalo que es la vida en general –no comprendiendo cómo todo es un regalo si sabemos des-interpretarlo bien–.

Criamos, y nos criaron, en gran medida, para que signifiquemos un error, varios *errores*… pero basados todos ellos en un error que parece el principal, y que dice, en su auto-suficiencia di-seccionadora, lo siguiente: Que no somos libres ante los eventos, que son, esencialmente, sin sentido; que los eventos están ahí “fuera”, que son casuales, o bien que son algo en lo que “yo no tengo nada que ver”, o algo que “no importa”…

Todo ese error, que sentimos y que modela nuestra actitud, parece depender básicamente de nuestro no querer asumir la responsabilidad personal por lo emocional, por el alma, por los deseos.

Sí, nosotros podemos hacer cosas desamorosas, es decir, en desarmonía con el amor (y tendrán pues ese “sentido”: están expresando, y además con nuestro propio libre albedrío, aunque quizá no queramos ser conscientes… están expresando nuestra condición álmica)… y, lo que recibimos de “la vida”, se nos da así por algún motivo, un motivo que en general no es el que creemos que es.

Generalmente, tal como ya vimos, todos los eventos son regalos que podemos “aprender” a recibir y aceptar positivamente, pero es a nuestra elección, pues somos libres para ser más o menos reflexivos con lo que sucede en nuestro ánimo, en nuestras emociones, y en la relación “creadora” entre tal cosa y “la vida”. Es decir, tenemos libre albedrío; somos personas, no animales.

Y, sobre todo, como vimos en muchas ocasiones, esto es muy importante en el caso de los eventos vividos “con los niños”, con unos niños que en general a menudo están representando las emociones de ese entorno más o menos demente que conformamos como cursi “civilización”.

Es decir, en cuanto a los eventos vividos “con niños”, es aún si cabe más necesario en ese caso tener en cuenta esos eventos como posibilidades para “des-interpretar” la vida.

El contraste entre un árbol y nuestra cursilería. Y el amor de Dios

“Cursi” es por ejemplo lo que, *teniendo una apariencia de riqueza, o elegancia, se ve más bien ridículo o de mal gusto*.

Si lo verdaderamente “rico” y “abundante” es la vida que nos dio Dios (gratis), esa vida que nos dio como almas, y para Dios poder amarnos… entonces así comprendemos cómo, al final, casi todo lo que hacíamos con las cosas “del mundo” nos va a resultar algo cursi.

El propósito, el que a veces parece ser tan intrínseco a muchas de esas cosas “del mundo”… ese propósito… ¿se lo podemos dar, a tales cosas (mientras las usemos), para que rime con lo que es verdaderamente *rico*, *abundante* en gracias, *gracioso*… es decir, con nuestra alma y su diseño –e incluso para que rime con lo más “rico” de todo… y que sabemos que consiste en el destino eterno del alma, si recibimos amor de Dios–?

Esa sería la obra que, en nosotros, hace o va a hacer más puramente el *amor de Dios*, para disolver amablemente lo que en las cosas “del mundo” propende a invitarnos a “seccionarnos de nuestra alma”, a ser “diccionarios-seccionarios con patas”.

Nos separamos así de lo que verdaderamente es armónico: “refinado”, amoroso, “elegante”… en la perspectiva de Dios… claro está… y nos volvemos cursis, de un modo u otro, más o menos “mundano”.

Fijémonos en cómo la materia es “seccionada” por un árbol; es decir, invitémonos a sentir cómo un árbol expresa su “diccionario de vida”, con esos “actos” de vida expresada como árbol, actos que se realizan simplemente a partir de lo que es vehiculado por el diminuto germen de la semilla que inicia ese devenir, y todo ello gratuitamente y sin esfuerzo –es decir, *natural*, de forma natural–.

Un árbol “divide” la materia ordenadamente, dando semillas, hojas, etc., que satisfacen muy diversos fines armónicos:

- las semillas “componen” más árboles, es decir, los ponen potencialmente allá donde prosperen armónicamente, por ley natural, y/o con la pequeña ayuda *intencional* –pero a veces una ayuda vital– de los seres humanos,
- esas semillas también pueden alimentar multitud de organismos, visibles e invisibles,
- un árbol también “secciona la materia” física dando por ejemplo hojas, que al caer componen un suelo protector y fértil, que bulle de criaturas y procesos,
- también divide o secciona el aire, de modo que podemos respirar ese oxígeno, etc., que resulta de su constante labor…

Así pues, el árbol no deja de seccionar, y de seccionar armónicamente, la materia, cual elegante expresión de la vida, para componer y componerse en esa sinfonía ya existente.

El propósito de tales divisiones es pues funcional a la vida (es “amoroso”), en esa totalidad abierta que parece ser el universo físico.

Cursilería y abstracción: árboles y números

Un sistema numérico también es un “universo”. Los números (que en el fondo son relaciones), dotados de ciertas operaciones, tienen una armonía, como sistema. Como instrumento, son como un lenguaje para hablar de las relaciones (o la falta de relaciones) que se dan en las cosas que vemos “fuera”… o incluso para hablar de las relaciones que se dan “dentro”, en nuestras emociones y deseos.

Los usamos de muchas maneras, dependiendo de nuestro propósito, y con más o menos “cursilería” y “espíritu seccionador”, claro está… con más o menos cinismo y oportunismo. Pero, en su abstracción, son como analogías cósmicas; es decir, se pueden poner –tal como ocurre con las matemáticas en general–, se pueden “poner” en analogía, y se pueden “sentir en analogía cósmica” con el orden de los eventos –de esos eventos que ya “hacen cosmos”, y no “caos”, en la vida (como los ejemplificados en el caso del árbol), en esa vida que podemos “observar”, con o sin muchos aparatos de “experimentar con la energía”, etc.–.

Y esa “analogía cósmica” que los números nos invitan a hacer (los números y otras herramientas de “lógica”)… esas analogías cósmicas, decíamos, que son así como incitadas e invitadas a la vida gracias a la creatividad de nuestras abstracciones… nos hacen *hablar* –y nos sirven para hablar y expresar– la armonía subyacente a los eventos *cósmicos* en tanto que tales, en tanto que

ordenados (y, en el fondo, amorosamente ordenados).

Otros objetos, ideados por la inteligencia humana (instrumentos), también son así como "sistemas completos", es decir, con su armonía propia. Esa armonía les viene dada básicamente por el *fin* al que estén destinados (hablamos de los simples instrumentos que usamos, como por ejemplo para cortar –un cuchillo, etc.–).

La "belleza" de esos instrumentos parece encontrarse en cómo de *económica*, en cómo de *armónicamente* expresen ese fin al que están destinados.

La belleza gratuita de un árbol nos da alas para sentir la inacabable glosa posible que podríamos hacer acerca de las funciones para las que resulta operativo como expresión de la vida.

El propósito de las divisiones que opera el árbol –como vimos–, ya es, de entrada y por diseño, funcionalmente amoroso para la vida.

En el caso del "mero instrumento abstracto" de un "sistema de números", que en sí mismo no se relaciona más que virtualmente con otros sistemas o con otras posibles operaciones (con otras posibilidades "mentales", etc.), y que "sirve" potencialmente para hacer todas aquellas *analogías* que podamos desear hacer y desear "avivar" nosotros con más o menos pasión en nuestra imaginación… en ese mero "instrumento abstracto", decíamos… es decir, en el "instrumento" que sería por ejemplo un simple sistema de números –de esos números que de entrada, digamos, son "arrelacionales", son "para sí mismos"…–… ahí, no se trasluce otra armonía que la de su propia consistencia numérico-operativa como sistema de operaciones –es decir, sistema de relaciones que ya contienen una cierta armonía, una que viene dada por la misma *operatividad* de esas operaciones–.

Esa "operatividad de las operaciones", pero ahora en el caso de las que son "operadas por" un árbol o en él… es gratuita, es armónica y espontáneamente expresada en el cosmos; es decir, ya está por diseño "inserta" en un cosmos –en unas leyes perfectas que no pueden quebrantar, y esa operatividad, en el árbol, está expresando perfectamente tal perfección, a cada instante–.

Nosotros hacemos, sin embargo, instrumentos "mentales" (sistemas numéricos) que parecen tener sus propias leyes (y las tienen). Y luego, ese instrumento, esa potencial instrumentalidad… y dependiendo de nuestra libre elección (más o menos "inconsciente" como elección, es decir, más o menos miedosa)… ese instrumento, decíamos, y la actualización de esa operatividad analógica, nos puede hacer más o menos cursis, engolados, orgullosos, e incluso cínicos… en "la civilización".

El mundo deviene así feo, y cursi, gracias a que, con nuestros "neutrales" instrumentos (instrumentos digamos "mentales" –números– o instrumentos digamos "físicos", como el cuchillo o la bomba nuclear)… expresamos esa "cursilería", en este concepto de cursilería que podemos "ampliar" –por así decirlo–, pues es simplemente miedo disimulado.

La vida presentada por un árbol, con todo su armónico seccionar… las funciones de esa vida que parecen tan imposible detallar al completo –como tal "universo" de funciones–, esa vida, esas funciones, son algo que podemos poner en analogía con nuestras matemáticas y nuestros conceptos; es decir, en analogía con esa "vida mental" que bulle como imaginación en los sistemas más o menos abstractos que podamos idear ("matemáticos", etc.).

Pero… aparte de eso, poco más. Es decir, por ejemplo no podemos "dar vida"; no podemos hacer eso al menos en un estado "bajo en amor", como almas; es decir, estando en una dimensión baja, como condición de alma, no podemos "dar vida" (recordemos: la condición de alma equivale a "dimensión" o "esfera"[26]).

No podemos asir mentalmente todo ese complejo de relaciones en las que entra simultáneamente un simple árbol, ese complejo que "la ciencia" apenas conoce en sus intríngulis, en realidad[27].

---

26 Tal como estamos viendo en las enseñanzas de Jesús, que prologan lo que él mismo y otros dieron de forma más básica hace unos 100 años a través de Padgett.

27 Aunque se conocen muchas cosas, como por ejemplo el hecho de que los virus y los retrovirus son al parecer las sustancias más abundantes en lo que llamamos "vida biológica", pues básicamente serían vectores de información. Y es

Por qué hablábamos de "simultaneidad" (una cita de Swedenborg)

En el audio comento algo que aún no he incorporado al texto, y pronto lo haré. Tiene que ver con el orden y una frase de esas

Dividuos ¿seccionadores?

La palabra "dividuo" (que han retirado del diccionario RAE, por ejemplo, pero que estaba en otras ediciones de ese diccionario, y que está en otros diccionarios), significa "*que puede dividirse*"; es pues sinónima de "divisible", como decía el propio diccionario RAE en una edición anterior a la actualmente consultable en internet[28].

Como adjetivo, "individuo" significa, por ejemplo: "*singular, particular o propio, o que no admite división o distinción*"[29].

La vida en sí misma se expresa "dividuando", es decir, parece como si pudiera "seccionarse" a sí misma, como vemos en el proceso "árbol". Es decir, se requiere esa "divisibilidad" para la vida poder expresarse como tal en su ilimitada variedad.

Por diseño la vida "hace" eso naturalmente, es decir, lo es, en armonía con esas leyes cuyos principios amorosos son expresados inmediatamente así, de forma inmediata, no mediata –sin mediación, digamos–.

Nosotros, como individuos, sólo lo somos como *alma completa*, es decir, junto a nuestra otra mitad, por cierto. Es decir, ya estamos divididos. Es decir, nuestra alma completa era "dividua", divisible, y ella es así de forma natural y necesaria, para poder empezar a desarrollarnos y a ser conscientes de nosotros mismos.

Es decir, nosotros ya estamos en un proceso de *individuación*. Como "individuos", ahora, lo somos gracias a que, por diseño, dos "dividuos" son "fabricados" en el proceso de encarnación –si es que nos pudiéramos llamar así: "dividuos"–.

Pongámonos por un momento ese nombre: "dividuos", ya que todavía no somos el *individuo*, es decir, no estamos en unidad con nuestra alma gemela, ya que nos hemos separado para encarnar y, a ser posible, gloriar en cada acto, a cada paso, la armonía intrínseca que es Dios y su ser infinito que anima el comportamiento de todas las leyes naturales (de hecho, ese "amar a Dios" y recibir su amor será un paso que es necesario dar mucho antes de la "fusión" con nuestra alma gemela; esta fusión sucede, tal como nos cuenta Jesús, muchas dimensiones después de alcanzar el estado en que recibimos todo el rato amor de Dios).

Para poder unirnos a nuestra alma gemela a la mayoría por ahora nos falta hacer mucho recorrido por las múltiples dimensiones, tanto las dimensiones "naturales" (seis), así como las dimensiones "celestiales" (muchas más que seis). Por tanto, en general nos falta mucho recorrido que hacer dichosamente por los ámbitos espiritual y celestial[30].

Esta verdad parece ser de las más grandes, por cierto, que podamos captar, hallar, nunca… y sería para nosotros algo evidente, y sería simple sentirla… antes de que se nos volviera extraña la

---

a través de ese tipo de elementos vitales, así como de emisiones energéticas ("luz", "bioluminiscencia"), etc., que las plantas se comunican entre sí (es decir, podríamos decir que es así como "comprenden", etc., en esa "red" que conforma la biología terrestre).

28 En la nota siguiente enlazo otro diccionario (muy útil, el llamado "Autoridades").

También es consultable un diccionario histórico de la lengua española aquí: https://www.rae.es/tdhle/dividuo

Como comentamos un poco otro día, en otra parte, el individuo es, por cierto, la "sustancia" de Aristóteles… es decir, algo así como "lo último" en el análisis. Y el individuo humano, inasible y único en su esencia personal (esa esencia que compartimos con nuestra alma gemela)… es, pues, la sustancia más importante: el alma, la más grande creación de Dios, en realidad.

29 Entrada "individuo" en el "*Diccionario de Autoridades*": https://apps2.rae.es/DA.html

30 *Recordemos*: el "ámbito espiritual" es el del "desarrollo del amor natural", un desarrollo este que podemos hacer con o sin la ayuda del amor divino; y el "ámbito celestial" es el de las dimensiones "en unidad con Dios".

verdad en general.

Por un lado, preguntémonos… ¿es lógico pensar que un “dividuo” así tenga esa propensión a “dividir-seccionar” desarmónicamente?

No, eso no es por diseño, sino porque ese “dividuo” tiene libre albedrío. Es por eso que puede hacerlo desarmónicamente, en un contraste más o menos cursi con respecto a cómo se “secciona” o cómo se divide “la vida” en la expresión que llamamos “un árbol”.

Nosotros seccionamos la vida que expresamos… anclados como estamos en esa base insustancial de miedo… y anclados en tradiciones o culturas que ya nos encauzan por ahí más o menos cursimente o con más o menos violencia, según la época y contexto. Seccionamos la vida, decíamos, anclados en eso, y por ello nos resulta quizá natural pensar lo siguiente… es decir, *podría parecernos natural* pensar que:

“es natural –o es lo más *propio* a una quizá natural “pasión de dividir”, esa pasión que parece tener todo en la vida… tal como hemos visto un poco en el árbol, ese árbol que está “dividiendo” gratuitamente la materia todo el rato, y que lo hace así de armónicamente–, es natural… decíamos… que el “individuo” (ese que en el fondo es un “dividuo”, como hemos visto arriba)… es natural que sea o que propenda a ser desarmónico en su ‘seccionar’. Tiene ese ‘virus’ metido, sí o sí”.

Pero no, no. Eso sería naturalizar el miedo (y ese es el único “virus”[31], el miedo).

Sin perder el libre albedrío, como almas, nuestra naturaleza puede ser un continuo y gozoso un “dividir” o “seccionar” armónico (como el árbol, pero en modo “ser humano”, es decir, alma, con libre albedrío).

Pero, claro está, con los actos basados en miedo, es decir, con esas “palabras-acto” que continuamente “emitimos” al universo, esas palabras de “vida” pero de una vida desfondada por el miedo, establecemos continuamente, o aseveramos, una falsedad sobre la esencia de la existencia; pues es como si dijéramos:

“*todo dividir es naturalmente un descomponer a-cósmico, caótico*”; o bien…: “*en todo dividir ha de salir a relucir un cierto impotente poder del vacío de la ‘separación’, en tanto que separación conflictiva, en un conflicto así pues latente, un conflicto que estimamos ‘natural’ (pero que no lo es), un conflicto entre lo dividido, entre los divididos… en esa actividad o pasión supuestamente natural*”.

Así pues, hemos visto, en el caso de los sistemas de números, que tenemos esa capacidad mental de “aislar armonías” y de contemplarlas en esos sistemas (o en objetos instrumentales, etc.). Y vimos que con esos “mini-cosmos humanos”, artificiales, podemos hacer todas las “analogías” que queramos, motivados como sea (con más o menos miedo, o bien ya desde el amor puro)… y podemos realizar en general todos los “usos” que queramos.

Nuestra individuación, pues, en esos “dividuos” que ya somos, en tanto que sólo somos individuos porque cada uno, como mitad de alma, expresamos la indivisibilidad del alma completa (es decir, la esencia “personal” única, individual, que somos, como alma completa separada en dos mitades)… nuestra individuación, decíamos, se vuelve, pues, “corrosivo” desindividuante al aislar cursimente esa “capacidad mental divisora racionalizadora”, en esa “razón creadora de monstruos” de la que hablábamos en el apartado sobre devenir irreales.

---

31 Siendo que, insistamos, los virus y retrovirus, etc., son elementos fundamentales para el proceso de la vida en el planeta, ya que todo rebosa de tales partículas.